

5 pt

22



LA TEMPES

Editorial Atlas

M. RAMOS CARRION



G-F 6473

MAESTRO CHAPÍ



DGCL  
A

EDITORIAL A  
POR AUTORES  
DE LOS AUTOS

# LA TEMPESTAD



R.76314

C. 1129127  
t. 95264

---

---

ESTA EDICIÓN ES PROPIEDAD  
DE  
«EDITORIAL ALAS»  
POR AUTORIZACIÓN  
DE SUS AUTORES

---

---

AGENTE DE VENTAS:

**Sdad. Gral. Española de Librería**

**Barbará, 14 - 16**

**BARCELONA**

Imprenta Comercial Valencia, 234

Teléfono 70657: BARCELONA



**Editorial APAs**

AÑO XXI

APARTADO CORREOS 707

TELÉFONO 70657

BARCELONA

FUNDADOR Y DIRECTOR

RAMON SALA VERDAGUER

Año VI

Núm. 22

# LA TEMPESTAD

**Melodrama en tres actos, en prosa y verso**

ORIGINAL DE

**MIGUEL RAMOS CARRION**

MUSICA DEL

**MAESTRO CHAPÍ**

Estrenado en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, el 11 de marzo de 1882

# REPARTO

## PERSONAJES

## ACTORES

<i>Angela</i> . . . . .	Sra. Cortés de Pedral.
<i>Roberto</i> . . . . .	Franco de Salas.
<i>Margarita</i> . . . . .	Rivas.
<i>Una aldeana</i> . . . . .	Srta. González (D. <sup>a</sup> Elisa).
<i>Simón</i> . . . . .	Sr. Ferrer.
<i>Beltrán</i> . . . . .	Berges.
<i>Mateo</i> . . . . .	Orejón.
<i>El juez</i> . . . . .	Subirá.
<i>El procurador</i> . . . . .	Belloc.
<i>Un pescador</i> . . . . .	Jiménez.
<i>Marinero 1.º</i> . . . . .	Barragán.
<i>Idem 2.º</i> . . . . .	Vidal.

*Mujeres del pueblo, marineros y pescadores.*

La acción en un puertecito de Bretaña, en los primeros años del siglo XIX

Por derecha e izquierda se entenderá la del actor.

---

---

# ACTO PRIMERO

---

Sala baja en la hostería de Simón, con bancos y mesa de madera tosca. A la derecha, escalera practicable que conduce a una galería de cristales que da paso a las habitaciones del piso alto. Puertas a derecha e izquierda y puerta y ventana grandes al foro, por las cuales se ve la playa y rocas que cierran el fondo en declive de izquierda a derecha. En la sala, a la derecha, en una hornacina, una imagen de la Virgen, alumbrada por una lamparilla. A la izquierda, el mostrador, y detrás, aparador alto con botellas, jarros y vasos.

## ESCENA PRIMERA

### MÚSICA

*(Al levantarse el telón óyense el aguacero, los truenos y el viento huracanado. La luz de los relámpagos ilumina de vez en cuando la playa, reflejándose en los cristales de la galería. Las mujeres, con algunos niños, rezan arrodillados ante la Virgen, y sobre las rocas de la playa algunos marineros tiran de un largo cable.)*

### MUJERES

Estrella de los mares,  
que brillas en la altura,  
potente y limpio faro  
de luz celeste y pura,  
del triste navegante  
el rumbo incierto guía  
y amparo presta al náufrago,  
¡Virgen María!

### MARINEROS

*(Dentro, imitando el grito especial con que acompañan*

*sus maniobras de fuerza, y especialmente la de sirgar.)*

¡Ohi-eohi!  
Amarra ese cable,  
y aboga hacia aquí.  
¡Ohi-eohi!

*(Truenos y relámpagos.)*

### MUJERES

Del mísero que llora,  
consuelo y esperanza,  
que brillas entre nubes

cual iris de bonanza,  
aplaca de los mares  
la cólera bravía  
y enjuga nuestras lágrimas.  
¡Virgen María!

## MARINEROS

¡Ohí-cohí!  
Si bogas con fuerza  
te salvas aquí.  
¡Ohí-cohí!

(*La tempestad se aleja poco a poco. Las MUJERES se le-*

*vantan y van hacia la puerta y la ventana, desde donde miran con ansiedad la maniobra de los MARINEROS, cuyo canto se repite varias veces.)*

## MUJERES

¡A la anhelada orilla  
todos llegando van!  
¡Gracias, oh, Virgen Santa,  
ya en tierra están!

(*Prepáranse alegres para recibir a los MARINEROS.*)

## ESCENA II

DICHAS y MATEO, que entra brincando, y luego CORO DE MARINEROS

## MATEO

La carga y el pasaje  
salvóronse por fin  
y libre ya en la orilla  
se mece el bergantín.  
Ahí llegan los valientes,  
que a fuerza de luchar  
no sé cómo han logrado  
que no los trague el mar.

(*Entran los MARINEROS con los trajes mojados escurriendo el agua de algunas prendas. Abrazan a las mujeres y a los niños.*)

## MARINEROS

Tras la penosa  
ruda faena,  
justo es que un trago  
nos fortalezca.  
Tráenos, Mateo,  
ron o ginebra,  
que a nuestra sangre  
calor devuelva.

## MUJERES

Tráeles, Mateo,  
ron o ginebra

que al frío cuerpo  
calor devuelva.

(*MATEO les sirve de beber.*)

## MARINEROS

Bebamos, sí, bebamos.

## MATEO

Bebed, bebed;  
que bien, valientes,  
lo merecéis.  
¡Bebamos todos!

## MARINEROS

¡Bebamos, pues!

## MUJERES

¡Bebed, bebed!  
(*Beben todos después de chocar los vasos.*)

## MATEO

(*A las MUJERES que le rodean.*)

Para ser marinerito  
no he nacido yo;  
hombre soy de tierra firme,  
pero de agua no.  
Me embarqué por broma un día



en que fui a pescar.  
y pesqué sólo un mareo  
más que regular.  
De pensarlo sólo  
no sé qué me da.

CORO

*(Riendo y haciendo burla.)*

¡Ja, ja, ja!

MATEO

*(Como sintiéndose mareado.)*

Tengo todo el cuerpo  
alterado ya.

CORO

¡Ja, ja, ja!

Sólo al recordarlo  
alterado está;  
por temor al agua  
no se lavará.

¡Ja, ja, ja!

MATEO

Del horror que tengo al agua  
puedo asegurar

que si no hay otro diluvio  
yo no me he de ahogar.  
Y de fijo, aun cuando lo haya,  
yo me salvaré  
si para los animales  
hay otro Noé.  
¡Con el balanceo,  
qué sudor me da!

CORO

¡Ja, ja, ja!

MATEO

De pensarlo sólo  
estoy malo ya.

CORO

¡Ja, ja, ja!

Puede asegurarse  
que no se ahogará.

¡Ja, ja, ja!

Sólo de pensarlo,  
mareado está.

¡Ja, ja, ja!

### ESCENA III

DICHOS, ROBERTO, *en traje de pescador*; MARGARITA, *que sale por la puerta derecha*

MARINEROS

*(Que abren paso al verlo.)*

Aquí está el mancebo  
valiente y audaz  
que sabe a los mares  
la presa arrancar.  
Hoy todos anhelan  
tu mano estrechar  
y de camarada  
el nombre te dan.

ROBERTO

Mil gracias, amigos.

*(Estrecha la mano de todos.)*

MATEO

*(Ofreciéndole su vaso.)*

Un trago por mí.

*(ROBERTO lo apura de un sorbo.)*

MUJERES

¡Es ya todo un hombre!

ROBERTO

¡Pues claro que sí!

TODOS

¡Honor al mancebo  
valiente y audaz,

que sabe a los mares  
la presa arrancar!

ROBERTO

Hijo soy del mar salobre  
y una barca fué mi cuna.  
¿Qué me importa a mí ser pobre  
si él me brinda una fortuna?  
Las riquezas de su fondo  
yo, atrevido, he de buscar,  
que en su seno, turbio y hondo,  
mil tesoros guarda el mar.  
¡Que airado el viento ruja  
y silbe en derredor;  
que, roto el mástil, cruja  
al golpe destructor;  
que estalle la tormenta,  
que brame el huracán,  
ni el rayo me amedrenta  
ni temo a la mar!

CORO

¡Que estalle la tormenta,  
que brame el huracán,  
ni el rayo le amedrenta  
ni teme a la mar!

ROBERTO

De la mar al golpe blando,  
que la borda con su espuma,  
mi barquilla va bogando  
más ligera que una pluma.  
Mientras yo, dejando el remo  
perezoso descansar,  
voy tranquilo y nunca temo  
las traiciones de la mar.  
Que airado el viento ruja, etc.

CORO

Que estalle la tormenta, etc.

HABLADO

MARINERO 1.º

¡Bravo, muchacho!

MARINERO 2.º

¡Es un hombre!

PESCADOR

Hoy bien ha probado serlo.

MARINERO 1.º

¡A tu salud!

ROBERTO

Vaya en gracia.

MATEO

(Ofreciéndole un vaso.)

¡Bebe otro trago!

ROBERTO

Lo acepto.

Ya que me mojé por fuera,  
justo es mojarme por dentro.

MARINERO 1.º

Y que el chapuzón fué grande.

MARINERO 2.º

¿Que si lo fué? ¡Ya lo creo!

MARINERO 1.º

Bien se ha trabajado, bien.

PESCADOR

Y gracias a los esfuerzos  
de todos, el bergantín  
fondeado está en el puerto,  
los tripulantes en salvo,  
en tierra los pasajeros,  
la carga sin averías  
y el capitán satisfecho.

MATEO

No sé cómo hay quien se em-  
para correr tales riesgos. [barque  
¡Dios nos libre de la mar!

PESCADOR

¡Habrás visto el zopenco!

MATEO

¡Pues me gusta!

ROBERTO

Se conoce

que tú eres de tierra adentro,

MATEO

Lo más adentro posible.  
No vi más agua en mi pueblo  
que la de un arroyo chico  
que en el verano está seco,  
y que lleva, cuando más,  
tres cuartillos en invierno.

PESCADOR

(A ROBERTO.)

Y el bergantín, que pensábamos  
que había entrado en el puerto  
por arribada forzosa...

ROBERTO

Claro está.

PESCADOR

Pues nada de eso;  
venía para dejar  
en tierra a ese pasajero  
que has salvado tú y que dicen  
que del bergantín es dueño.

ROBERTO

(A MARGARITA.)

¿Y cómo sigue?

MARGARITA

Está bien;  
ha dormido. Hace un momento  
ya quería levantarse,  
pero Angela se ha opuesto.

ROBERTO

¿Está a su lado?

MARGARITA

Sí.

ROBERTO

Entonces...

MARGARITA

¿Qué?

ROBERTO

Volveré a verla luego.

MARGARITA

¿Quieres que la llame?

ROBERTO

No.

MARGARITA

Cuando sepa lo que has hecho,  
qué orgullosa va a ponerse.

ROBERTO

¡Bah! ¿Qué vale todo ello?  
Me voy a ver a mi madre,  
que estará inquieta, temiendo  
que me haya ocurrido algo,  
y antes que anochezca vuelvo.  
¡Felices tardes!

PESCADOR

Espera.

Vamos con él, compañeros;  
sepa la infeliz baldada  
que dejó aquí un heredero  
digno en todo de su nombre,  
su padre, que está en el cielo.

TODOS

Vamos, sí.

MARINERO 1.º

Bien lo merece.

ROBERTO

(Conmovido.)

¡Oh, gracias!

MARINERO 1.º

¡Viva Roberto!

(Dan todos un viva, y HOM-  
BRES y MUJERES siguen a RO-  
BERTO, que se va por el foro  
izquierdá.)

MÚSICA

Honor al mancebo  
valiente y audaz  
que sabe a los mares  
la presa arrancar,

## ESCENA IV

MARGARITA y MATEO

HABLADO

MATEO. — Ese muchacho no es un muchacho, es un salmonete.  
 MARGARITA. — Ea, voy a ver cómo sigue el naufrago.

MATEO. — A estas horas estaría con la barriga bien hinchada si no hubiera sido por el arrojo de Roberto.

MARGARITA. — Eso dicen todos.

MATEO. — ¡Si le hubierais visto! No hay oro con que pagar un valor semejante. Un golpe de mar había arrebatado al pasajero de la cubierta del bergantín, y aunque se conoce que es buen nadador, sea por la fuerza del oleaje, que era terrible, sea porque el deseo de conservar la caja que llevaba bajo el brazo sólo le permitía nadar con uno, es lo cierto que vimos al hombre desaparecer desfallecido entre las olas. Gritamos todos, pero ninguno se atrevía a salvarle. Tirarse al agua era perecer con él. De pronto, ese muchacho se ata por aquí (*Señalando debajo de los brazos.*) un calabrote, lánzase al mar con una bravura de que no hay ejemplo, y después de hundirse muchas veces le vimos llegar a tierra nadando jadeante y remolcando con su propio cuerpo el del otro, que apenas pisó la arena cayó sin sentido y medio muerto. Prorrumpimos todos en vítores y palmadas, y yo os aseguro que no había ojos que no llorasen y que... al recordarlo ahora, se me llenan de agua los míos. (*Enjugándose los ojos.*)

MARGARITA. — ¡Valiente es el mozuelo! Bien merece que Angela le quiera.

MATEO. — ¡Ya lo creo! Pero veréis en lo que para tal amor. El día que el señor Simón lo descubra, se armará aquí la de Dios es Cristo. El soñará, en su avaricia, casar a la muchacha con algún ricachón que le traiga montes de oro.

MARGARITA. — ¡Pues hará mal!

MATEO. — ¡Claro que sí! Más encantadora pareja no puede juntarse.

## ESCENA V

DICHOS, el JUEZ y el PROCURADOR por el foro

JUEZ. — Buenas tardes.

MARGARITA. — Felices, señor Juez; bien venido, señor Procurador.

MATEO. — (Pajarracos de mal agüero.)

MARGARITA. — ¿Cómo es esto? Yo os hacía ya camino de Ploermel,

JUEZ. — La carretera se ha puesto intransitable con la lluvia, y preferimos esperar a mañana para emprender el viaje.

MARGARITA. — Bien pensado; pero os aconsejo que lo hagáis por la mañanita, pues a la tarde es casi seguro que volverá la tormenta.

PROCURADOR. — ¿Sí, eh?

MARGARITA. — Ocorre en estos países montañosos. Generalmente siete días seguidos y a la misma hora, poco más o menos, se reproduce la tempestad.

JUEZ. — Pues es divertido. (A MARGARITA.) Venga un jarro de cerveza. ¿No os parece bien, señor Procurador?

PROCURADOR. — Aceptado.

MARGARITA. — Mateo, sirve a estos señores. (*Se sienta en primer término y MATEO les sirve.*) ¿Y cuándo tendremos el honor de volver a veros por aquí?

JUEZ. — Pronto acaso. El pueblecillo es muy pintoresco, y tal vez con mi familia, venga a pasar las vacaciones veraniegas.

MARGARITA. — Mucho lo celebraremos.

JUEZ. — Si antes mi deber no me obligase de nuevo a visitaros.

MARGARITA. — ¡Dios no lo quiera! Aterrado está el pueblo de haber visto la ejecución. Es la vez primera que se ha levantado aquí el cadalso. ¡Pobre hombre!

JUEZ. — Bien hacéis en compadecer al delincuente; pero la justicia ha cumplido con su deber.

MARGARITA. — ¡Ya lo creo! ¡Con qué menos que con la vida podía pagar ese hombre que mató a su esposa en un arrebato de cólera, sin más motivo que una cuestión de esas que hay todos los días en los matrimonios!

MATEO. — Por eso yo no me caso.

MARGARITA. — A mi amo le han hecho tal impresión el crimen y la ejecución de la sentencia, que piensa, según dice, condenar la puerta de la estancia que ha servido de prisión al reo, y derribar los tabiques para que no quede ni memoria del sitio.

PROCURADOR. — Verdaderamente debían habilitar en el pueblo una casa cualquiera para que sirviese de cárcel. Es raro que con tantos vecinos no la tenga.

MARGARITA. — Ni falta que nos hace, señor. Felizmente en toda mi vida no recuerdo que se haya cometido más crimen que el expiado ayer por ese infeliz.

JUEZ. — De otro bien horrible me han hablado, que por cierto quedó impune.

MARGARITA. — ¡Ah, sí! Pero de eso hace ya muchos años, y como no se dió con el asesino, la cárcel no fué necesaria.

JUEZ. — Ayer me lo refirió el señor cura.

PROCURADOR. — ¿Y qué fué ello?

JUEZ. — Un asesinato cruel, con circunstancias bien extrañas por cierto. Figuraos que hará unos veinte años llegó a este

pueblo un comerciante que regresaba de la feria de Ploer-  
mel y alojóse en esta misma hostería. Según los que le vie-  
ron, traía mucho dinero ganado en la feria, donde vendió  
todas sus mercancías, y pensaba embarcarse para la Gascu-  
ña, su país. La mujer se le había muerto en el viaje, y llevaba

PROCURADOR. — ¡Pobre criatura!

JUEZ. — Pasó aquel día, hasta que al anochecer se desató una  
tempestad más grande que la de hoy, pues que duró hasta  
la madrugada.

MARGARITA. — Es muy cierto; lo recuerdo perfectamente.

JUEZ. — El barco en que había de ir el comerciante debía darse  
a la vela aquella noche, y él, deseoso sin duda de aguardar  
a bordo el momento de marchar en cuanto el tiempo serena-  
se, salió de aquí con la niña, apenas anochecido, resguardán-  
dose de la lluvia y llevando un maletín con el dinero. A la  
mañana siguiente, los primeros que bajaron a la playa lo en-  
contraron muerto sobre la arena, con cinco puñaladas en el  
pecho y despojado de cuanto llevaba. La criatura dormía  
junto al cadáver de su padre.

PROCURADOR. — ¡Qué horror! ¿Y no se supo quién había sido  
el infame?

MARGARITA. — Sí, señor.

JUEZ. — Un mozo de este pueblo, huérfano de padre y madre,  
vago de oficio, pependenciero y mala cabeza, que debía embar-  
carse aquella noche para las Indias, adonde iba en busca de  
fortuna.

MARGARITA. — Exactamente.

JUEZ. — Por la tarde estuvo bebiendo aquí, y según dicen, vió  
al comerciante que contaba su dinero. Le cegó la codicia  
sin duda; esperó a que saliera, y aprovechándose de la obs-  
curidad de la noche, le asesinó, robándole luego, y se em-  
barcó en el buque, que zarpó al romper el alba, cuando ya  
estaba en calma la mar y aun se ignoraba el crimen.

PROCURADOR. — Todas las circunstancias le favorecieron;  
pero, ¿cómo se averiguó que fuera él?

JUEZ. — Un cuchillo que dejó clavado en la herida y que era  
suyo, sus malos antecedentes y mil otras pruebas que fueron  
hallándose en el curso del proceso, convencieron al tribunal,  
que le condenó a muerte en rebeldía.

MARGARITA. — Sí, señor; y en vano se enviaron requisitorias  
en su busca. El capitán del buque que lo llevó dijo que había  
desembarcado no sé dónde... y hasta hoy. No han vuelto a  
tenerse más noticias.

JUEZ. — Acaso haya pagado por allá su crimen.

PROCURADOR. — ¿Y la hija del asesinado?

JUEZ. — ¡Ah! ¿No sabéis quién es?

PROCURADOR. — Yo, no.

MARGARITA. — Angela, la ahijada de mi amo.

PROCURADOR. — ¿Esa linda joven que nos ha servido a la mesa estos días?

JUEZ. — Esa.

MARGARITA. — El señor Simón, compadecido de ella, la prohibió y se la trajo con él.

PROCURADOR. — Acción meritoria, digna de un hombre tan honrado.

MARGARITA. — Y no parece sino que la bendición de Dios vino sobre la casa desde que la niña entró en ella. Hasta entonces el señor Simón había vivido humildemente con lo poco que le daba la hostería; pero desde que tuvo a su lado a ese ángel del cielo los negocios le fueron mejor, y ganando, ganando, ha llegado a ser el más rico del pueblo.

JUEZ. — ¿Sí, eh?

MATEO. — ¡Ya lo creo! Sacando las entrañas a todos los infelices que necesitan dinero y se lo piden prestado.

MARGARITA. — ¡No digas eso! El hace muchos beneficios...

MATEO. — Sí, por eso le aborrecen todos.

JUEZ. — Es muy frecuente pagar los favores con la ingratitud.

MATEO. — Si tiene una avaricia que lo consume.

MARGARITA. — Debieras ser más tolerante con los defectos del amo que te da el pan.

MATEO. — Si me lo regalara, justo que sí; pero como trabajo más que puedo para ganar una miserable soldada...

MARGARITA. — Basta de murmuración.

JUEZ. — Pues él avaro será, y de ello tiene ciertamente fama por el pueblo, según he oído, pero no lo demuestra el hecho de haber levantado a expensas suyas esa ermita que esta mañana visitamos, dedicada al Arcángel San Miguel.

MARGARITA. — En ruinas estaba y él la reedificó, gastándose en ello muy buenos doblones.

MATEO. — Yo creo que no lo hizo por devoción al santo, sino al demonio que tiene a los pies.

MARGARITA. — Quitá de ahí, mala lengua.

MATEO. — ¡Claro, como que digo las verdades!

JUEZ. — (*Levantándose.*) ¿Y por dónde anda el señor Simón?

MATEO. — Estará encerrado en su cuarto, como siempre que hay tormenta.

JUEZ. — ¿Es posible?

PROCURADOR. — ¿Cómo es eso?

MATEO. — Le produce tal espanto, que apenas oye los primeros truenos se esconde atemorizado, pálido y lleno de terror.

JUEZ. — ¡Es extraño en un natural de este país, donde las tempestades son tan frecuentes!

MATEO. — Pues no sale de su habitación aunque lo maten hasta que el cielo se serena. Y todo eso es pequeñez de alma. A mi,

como la tengo tan grande, no hay nada en la tierra que me asuste.

MARGARITA. — ¡Qué valiente! ¡Y no se atreve a embarcarse de miedo a la mar!

MATEO. — Por eso digo que no me asusta nada «en la tierra». Con el agua no quiero bromitas.

JUEZ. — Vamos arriba, señor Procurador, y guardaremos todos aquellos papelotes.

PROCURADOR. — Como gustéis.

JUEZ. — Cuando sea hora, que nos suban la cena. Hoy nos acostaremos temprano, y mañana, siguiendo vuestro consejo, emprenderemos de madrugada nuestro viaje. ¡Ah! No os olvidéis de enviarme la cuenta de nuestros gastos.

MATEO. — El amo ha dado orden de que no se os cobre nada.

JUEZ. — ¡Extraordinaria generosidad! Y luego dirán que el señor Simón no es desprendido.

MATEO. — ¡Ah! Sí. Siempre hace lo mismo con la gente de justicia. En la casa no se cobra nunca ni aun lo que beben los gendarmes cuando pasan por el pueblo.

JUEZ. — Exagerada consideración a los representantes de la ley.

MATEO. — ¡Sí! (O miedo.)

JUEZ. — (Al PROCURADOR.) ¡Vaya, si se empeña en no cobrarnos el hospedaje, haremos cualquier obsequio a su ahijada!

PROCURADOR. — Como dispongáis.

JUEZ. — Quedad con Dios.

*(El JUEZ y el PROCURADOR suben la escalera y entran por la puerta derecha.)*

MARGARITA. — Con él vayáis, señores. Tú anda a poner en orden la bodega, en tanto que yo veo cómo sigue el naufrago. Y guárdate otra vez de hablar delante de gente como lo has hecho de nuestro amo.

MATEO. — Está bien; cerraré el pico; pero lo que es para mí, ese viejo es un bribón de siete suelas. Así, clarito.

*(Vanse, MATEO por la izquierda y MARGARITA por la derecha.)*

## ESCENA VI

*SIMÓN, que abre la puerta izquierda de la galería, sale a ésta, observa el cielo a través de los cristales y baja luego lentamente a la escena.*



## MÚSICA

La lluvia ha cesado,  
aléjase el trueno;  
el cielo nublado  
se torna sereno,  
Pasó la tormenta,  
la mar está en calma;  
¿por qué tan violenta  
se agita mi alma?  
¿Por qué, por qué, ¡ay de mí!,  
eternamente ruge  
la tempestad aquí?

*(Poniéndose la mano sobre  
el corazón.)*

La luz de los relámpagos,  
que rápida fulgura  
con resplandor fatídico  
me llena de pavora,  
y escucho de la víctima  
los ayes exhalar  
del aire entre las ráfagas  
que gimen al pasar.  
Hirviente se alza indómito  
el mar embravecido,  
suspenseo deja el ánimo  
su aterrador mugido.

¡Y el trueno derrumbándose,  
me dice desde allí  
que Dios su justa cólera  
desata contra mí!

*(Tembloroso y aterrado se  
deja caer sobre uno de los  
bancos.)*

Ya el trueno apagado  
más lejos restuena;  
el viento ha callado,  
la mar se serena.  
Volvió la alegría;  
renace la calma,  
lo mismo que el día  
serénase el alma.  
¿Por qué, por qué temblar?  
El cielo está sin nubes,  
azul está la mar.  
¿Por qué temblar?

*(Vase. Apenas ha salido por  
el foro, aparece en la puerta  
ROBERTO, que se detiene allí,  
viéndole marchar. Cesa la  
música.)*

## ESCENA VII

ROBERTO; luego ANGELA

## HABLADO

ROBERTO

Marchóse el viejo. ¡Bien haya  
esa ocurrencia bendita!  
Se dirige hacia la ermita...  
Irá a rezar. ¡Con Dios vaya!

ANGELA

¡Roberto!

ROBERTO

¡Gracias a Dios  
que al fin me veo a tu lado!

Mira, el viejo se ha marchado,  
solos estamos los dos.  
La ocasión tan esperada  
llegó de poderte hablar...

ANGELA

No te debiera escuchar,  
me tienes muy enojada,

ROBERTO

¿Enojada tú? ¿Por qué?  
Y yo que tan satisfecho...

ANGELA

Porque sé lo que hoy has hecho.

ROBERTO

¿Qué sabes?

ANGELA

Todo lo sé.

Roberto, fué una imprudencia.  
Si acaso mueres allí,  
¿qué huibera sido de mi?

ROBERTO

¡Pues me gusta la ocurrencia!  
Dirias seguramente  
en medio de tu dolor:  
«¡Bien merecía mi amor!  
¡Se portó como un valiente!»

ANGELA

Tu noble audacia y tu brio  
yo ver tranquila no puedo.

ROBERTO

¿Cómo he de tenerle miedo  
al mar, que es amigo mio?  
Junto a su orilla nací,  
en sus rocas me crié,  
con sus arenas jugué,  
sobre sus olas crecí.  
Cuando mi niñez corría,  
aun con la mar dura y brava,  
yo a mi padre acompañaba  
alegre en la pesquería,  
y mi mano pequenuela  
supo en más de una ocasión  
mover el tosco timón  
y amainar la hinchada vela.  
A bordo aprendí a rezar,  
y más alto a Dios comprendo  
su inmensa grandeza viendo  
en la grandeza del mar.  
Allí, escuchando el rumor  
de su oleaje espumoso,  
sentí el dulce y misterioso  
primer impulso de amor.  
Sobre el hirviente oceano,  
en dura tabla tendido

y por sus olas mecido  
en las noches de verano,  
contemplando las estrellas  
el sueño al fin me rendía  
y a veces... me parecía  
que te divisaba entre ellas.

ANGELA

¡Roberto!

ROBERTO

Bien mio, di,  
¿por qué de mi estás quejosa?

ANGELA

¡Tonto! Si estoy orgullosa  
de que me quieras así.  
¡Oyéndoles relatar  
tu arrojo y tu valentía,  
entre el miedo y la alegría  
cuánto me has hecho llorar!

ROBERTO

¿Y el naufrago?

ANGELA

Lo he dejado  
hace un momento dormido.  
Y ya le dije que ha sido  
mi novio quien le ha salvado.

ROBERTO

No has hecho bien.

ANGELA

¿Por qué no?

Cualquiera se lo diría...

ROBERTO

¿Qué necesidad tenía  
de saber que he sido yo?

ANGELA

El, ninguna; mas yo, sí.  
Eres un valiente y quiero  
que lo sepa el mundo entero...  
¡Y que lo sepa por mí!

## MÚSICA

ROBERTO

¡Angela mía,  
mi dulce encanto!

ANGELA

¿Por qué, Roberto,  
te quiero tanto?

ROBERTO

Tú eres mi vida.

ANGELA

Tú mi tesoro.

ROBERTO

¡Cuánto te quiero!

ANGELA

¡Cuánto te adoro!

ROBERTO

¡Tú no me quíeres  
como yo a tí!

ANGELA

¡Ay! ¡Demasiado  
sabes que sí!

(ROBERTO va a abrazarla.)

Por Dios, no venga el viejo.

ROBERTO

No viene, no.

(En un arranque de energía.)

Y si viene le digo que te adoro  
y se acabó.

¿Cuándo, dulce paloma,  
lucirá el día  
en que pueda llamarte  
esposa mía?

ANGELA

¿Cuándo será el momento  
tan venturoso  
en que llamarte pueda  
querido esposo?

ROBERTO

¡Porque ello al cabo,  
hemos de ser,  
yo tu marido,  
tú mi mujer!

ANGELA

Pues si ello tiene  
que suceder,  
que sea lo antes  
que pueda ser.

(Con ingenuidad.)

LOS DOS

Quando eso llegue  
a suceder,  
¡oh, qué dichosos  
podremos ser!

ANGELA

Quando en las noches del estio  
azul y blanca esté la mar,  
juntos iremos, dueño mío,  
a navegar.

Allí, en alegres barcarolas,  
cantar podremos nuestro amor,  
entre el arrullo de las olas  
halagador.

ROBERTO

¡Con cuánto afán que llegue  
[ansio  
el dulce instante en que cruzar,  
preso en tus brazos, ángel mío,  
la verde mar!

Yo escucharé tus barcarolas,  
alegre cántico de amor,  
entre el arrullo de las olas  
murmurador.

ANGELA

¡Solos, en medio  
del ancho mar,  
qué dulces noches  
se pasarán!

ROBERTO

Quando te lleve  
sobre la mar,  
¡oh, qué orgullosa  
mi barca irá!  
¡Tú con un remo,  
con otro yo,  
así abrazados  
bogar los dos!

*(Cogiéndola con el brazo de-  
recho por la cintura, mien-*

*tras con la mano izquierda  
figura remar. ANGELA hace  
lo mismo.)*

ANGELA

Tú con un remo,  
con otro yo, etc.

*(A la última nota del dúo,  
ROBERTO estrecha a ANGELA  
entre ambos brazos, a tiem-  
po que aparece en la puerta  
del foro SIMÓN.)*

## ESCENA VIII

DICHOS y SIMÓN

HABLADO

SIMON

¡Oh! ¿Qué es esto?

ANGELA y ROBERTO

*(Separándose.)*

¡Ay!

¡Vive Dios!

SIMON

¡Hase visto el atrevido!  
(¿Cómo yo no he comprendido  
que se querian los dos?)

*(Indica a ANGELA con un  
ademán que se retire. Ella  
se va por la derecha.)*

ROBERTO

Señor... yo...

SIMON

Silencio; vete  
y no vuelvas por acá.  
¡Pues me gusta! ¿Qué se habrá  
figurado el mozalbete?

ROBERTO

Oidme.

SIMON

¡Y aún se propasa!

Haz el favor de marcharte  
y no me obligues a echarte  
a puntapiés de mi casa.

ROBERTO

¡Eh! Poco a poco, eso no.

SIMON

Yo por tu bien te lo aviso.

ROBERTO

Para eso fuera preciso  
que lo tolerase yo.

SIMON

¿Qué?

ROBERTO

Porque sois un anciano  
vuestras palabras oí,  
pero os advierto que a mi  
nadie me amenaza en vano.

SIMON

¡Hola! (Que Dios me dé calma.)

ROBERTO

Ya no he de negarlo, no:  
Angela me quiere, y yo  
la adoro con toda el alma.

SIMON

*(Conteniéndose.)*

No la crié para ti,  
y te aconsejo, rapaz,  
si quieres vivir en paz,  
que no vuelvas por aquí.

ROBERTO

¿No verla más? ¡Ah, señor!  
Mil veces morir prefiero.

SIMON

Está dicho, yo lo quiero  
y haré que acabe ese amor.

ROBERTO

¡Como si pudiera ser!

SIMON

Antes la mato. ¡Hola, hola!

ROBERTO

*(Con decisión.)*

Y Angela es huérfana y sola,  
y libre para querer.

SIMON

¡Vive Dios! Desventurado,  
¿qué es lo que diciendo estás?  
¿No sabes que la amo más  
que si la hubiera engendrado?  
¿No sabes que es el profundo  
amor que por ella siento  
el único sentimiento  
dulce que gocé en el mundo?  
¿No sabes que yo daría  
por ella cuanto poseo,  
que ella es todo mi recreo,  
que ella es toda mi alegría?

ROBERTO

¡Lo sé, y por esa razón  
como a su padre os venero!

*(Arrodillándose.)*

mas ved que también la quiero  
con todo mi corazón!

SIMON

¡Basta, levántate y largo!  
No des con mi calma al traste.  
De todo lo que pensaste  
ya me voy haciendo cargo.  
Tú has dicho: «El señor Simón  
más herederos no tiene;  
esta niña me conviene,  
es muy buena proporción.  
Viviré sin trabajar...»

ROBERTO

*(Sorprendido.)*

¿Cómo?

SIMON

Eso es lo que pretendes.

ROBERTO

*(Turbado.)*

¿Decis?...

SIMON

Ya veo que entiendes  
la aguja de marear.

¡Pero es en balde, chiquillo,  
renuncia a ilusión tan bella;

*(Riendo sarcásticamente.)*

eres poco para ella!

¡Vete, vete, mendinguillo!

*(Riendo siempre y mirán-  
dole con el mayor desprecio.  
Vase por la izquierda.)*

## ESCENA IX

ROBERTO, luego ANGELA, que sale apenas desaparece SIMÓN y se acerca poco a poco a ROBERTO

ROBERTO

¿Qué es esto? ¡Aturdido estoy!  
¿Cómo he escuchado con cal-  
[ma?...

¡Ay, Dios mío de mi alma,  
qué desventurado soy!  
¡Angela!

(Viéndola junto a sí.)

ANGELA

Todo lo oí.

ROBERTO

Entonces nada te digo.  
Ya lo ves, soy un mendigo,  
no debo pensar en ti.

ANGELA

¡Oh, calla, calla, por Dios!  
Yo seré tu compañera.  
¿Qué importa que él no lo quie-  
si lo queremos los dos? [ra

ROBERTO

No.

ANGELA

¿Qué?

ROBERTO

(Con amargura.)

Yo quise aspirar  
solamente a tu riqueza;  
él lo ha dicho con franqueza,  
otros lo pueden pensar  
y es fuerza que determine  
algo, y a ello estoy dispuesto  
para no dar ni aun pretexto  
a que nadie lo imagine.

ANGELA

¿Qué intentas?

ROBERTO

Yo bien lo sé;  
¿quiere ese viejo inhumano  
que aquel que aspire a tu mano  
sea rico?... ¡Pues lo seré!

(Cogiendo de la mano a AN-  
GELA.)

Allá, tras las crespas olas  
de esa mar hirviente y fiera,  
tal vez la suerte me espera  
en las Indias españolas.  
Nada tengo y nada soy;  
para esa tierra lejana  
zarpa un bergantín mañana...  
me alisto en él y me voy.

ANGELA

¡Roberto!

ROBERTO

La India me ofrece  
fortuna de gran valía:  
mi padre me lo decía,  
quien trabaja se enriquece.  
Pues bien, yo al trabajo rudo  
me entregaré con afán:  
cuando tus brazos están  
aguardándome, no dudo.  
¿Juras esperarme?

ANGELA

¡Oh! ¡Si!

ROBERTO

Pues juro que volveré.

ANGELA

Desiste.

ROBERTO

No cederé.

ANGELA

¡Por tu madre!

ROBERTO

No.

ANGELA

¡Por mí!

ROBERTO

Es en vano que te esfuerces.

ANGELA

¿Quieres matarme, Roberto?

ROBERTO

Todo es inútil, te advierto  
que mi voluntad no tuerces.  
Piensa que tengo razón,  
que para mí es humillante,  
siendo pobre, ser tu amante...

ANGELA

¡Calla!

ROBERTO

¡Y el señor Simón  
ha dicho bien... por ahora  
soy muy niño, aunque te adoro!

(*Conmoviéndose gradual-  
mente.*)

Ya ves... yo me aflijo y lloro...  
y un hombre... ¡un hombre no  
Estoy bien resuelto, sí. [Llora!

ANGELA

¿Y si mueres por allá?

ROBERTO

Creo que no faltará  
quien me lllore por aquí.  
Mi madre... ¡Rezad las dos!  
(No me puedo contener.)  
¡Volveré al amanecer  
a darte mi último adiós!

(*Vase llorando.*)

## ESCENA X

ANGELA, sola

¡Roberto! ¡Escucha! ¡Se va!  
¡Oh, qué idea! Yo sabré...

¡Su madre! ¡Sí, la veré  
y ella le convencerá!

(*Sale corriendo a la playa.*)

## ESCENA XI

BELTRÁN, por la primera derecha

## MÚSICA

(*Recorre la estancia, sale a  
la puerta y contempla un  
momento la playa. Luego,  
canta desde allí la primera  
estrofa, viniendo después a  
primer término.*)

Salve, costa de Bretaña,  
donde nací;  
hoy, dejando tierra extraña,  
llego hasta ti.

Salve, asilo venturoso  
de mi niñez,  
anhelando tu reposo  
vuelvo otra vez.  
De ti muy lejos  
hallé la suerte,  
mas siempre ansiaba  
volver a verte.  
Y aun cuando ingrata  
fuiste conmigo,

costa querida,  
yo te bendigo;  
que hoy al posar de nuevo  
mi pie sobre ti,  
la juventud parece  
volver a mí.

Escuchando el rumor de ese  
[mar

que amoroso mi cuna meció,  
siento dulces del alma brotar  
los recuerdos que avara guardó.  
De aquel tiempo que rápido fué  
y llevó la ilusión tras de sí,  
el encanto de nuevo hallaré  
recordando las horas de aquí.  
Tranquilo el pecho  
ya no suspira,  
que el aire patrio  
con gozo aspira,

y aunque tú ingrata  
fuiste conmigo,  
costa risueña  
yo te bendigo;  
que hoy al poner de nuevo  
mi pie sobre ti,  
la juventud parece  
volver a mí.

## HABLADO

¡Oh, playa donde nací!  
Mal me recibes a fe;  
con tempestad te dejé,  
con tormenta vuelvo a ti.  
Quiera Dios que al fin tu seno  
me ofrezca amor y reposo,  
y al pasado tempestuoso  
siga un porvenir sereno.  
¡Siento en mí tal alegría!...

## ESCENA XII

DICHO y ANGELA, que sollozando se detiene a la puerta

BELTRAN

¿Quién solloza por ahí fuera?

ANGELA

(*Sorprendida al verle.*)

¡Oh!

BELTRAN

¡Si es mi linda enfermera!  
¿Por qué lloras, hija mía?

ANGELA

(*Enjugándose los ojos y procurando sonreír.*)

No lloro.

BELTRAN

¿Cómo que no?  
Tus ojos el llanto abraza.

ANGELA

No.

BELTRAN

Dime lo que te pasa.  
Vamos, que lo sepa yo.

ANGELA

Sin duda un grano de arena,  
¡soplaba el aire tanto!...

BELTRAN

Nunca es tan copioso el llanto  
que no hace brotar la pena.  
No finjas así conmigo,  
y confiesa sin temor  
la causa de tu dolor;  
háblame como a un amigo.

ANGELA

(*Rompiendo a llorar.*)

Pues... sí, señor... he llorado...  
mucho...



BELTRAN  
Serénate, ven.

(*Atrayéndola cariñosamente.*)

¿Qué tienes?

ANGELA  
¡Que se va!

BELTRAN  
¿Quién?

ANGELA  
Roberto, el que os ha salvado.

BELTRAN  
¿Y por qué deja esta playa?  
¿Habéis reñido quizá?

ANGELA  
No, señor.

BELTRAN  
Entonces ya  
haremos que no se vaya.

ANGELA  
¡Ay! Está muy decidido,  
y cuando él quiere una cosa...

BELTRAN  
Ánimate, niña hermosa,  
y cuéntame lo ocurrido.

ANGELA  
Mi historia os he relatado;  
sabéis que huérfana soy  
y que aquí acogida estoy...

BELTRAN  
Sí, sí, ya me lo has contado.

ANGELA  
Pues bien; el señor Simón  
poco hace me ha descubierto  
conversando con Roberto,  
y lleno de indignación  
y de sorpresa al saber  
que me quería... ¡ay de mí!

le ha despedido de aquí,  
prohibiéndole volver.

BELTRAN  
¿De veras?

ANGELA  
Como os lo digo,  
y humillándole de un modo...  
Yo, oculta, lo escuché todo,  
y le llamó hasta «¡mendigo!»  
A él, que tan altivo es,  
y que por mí lo sufría,  
le dijo que me quería  
tan sólo por interés;  
y porque no haya quien crea  
que es cierto, a la India se va,  
y de allí no volverá  
mientras que rico no sea.  
Yo esperarle he prometido,  
y lo cumpliré, eso sí.

BELTRAN  
¿En dónde está?

ANGELA  
(*Señalando a la playa.*)

Vedle allí,  
riste el pobre y abatido.  
Por más que quiere tener  
energía para el paso,  
piensa como yo que acaso  
no nos volvamos a ver.

BELTRAN  
¡Dile que venga!

ANGELA  
Voy, pero...  
Si le vieran...

BELTRAN  
No hay cuidado;  
si soy yo quien le ha llamado.

ANGELA  
¡Roberto! ¡Ven, ven ligero!

## ESCENA XIII

DICHOS y ROBERTO, que a la puerta se detiene

ROBERTO

ROBERTO

¿Qué quieres? Ya estoy aquí.

¡Ah! Señor...

BELTRAN

¡No, señor!

BELTRAN

Pasa adelante.

(A ANGELA.)

(Es un muchacho arrogante y guapo.)

ANGELA

(Con ingenuidad.)

(¿Verdad que sí?)

BELTRAN

Ven a mis brazos, mancebo.

ROBERTO

¡Por Dios!...

BELTRAN

Estrecharte ansío.

(Se abrazan.)

Nunca olvidaré, hijo mío, que la existencia te debo.

ROBERTO

Señor, de eso no hay que hablar, pues ningún mérito encierra; antes que andar por la tierra creo que aprendí a nadar.

BELTRAN

En vano te empequeñeces: sin tu noble valentía a estas horas yo sería alimento de los peces. ¿Eres huérfano?

ROBERTO

De padre.

BELTRAN

¿Y de oficio?

ROBERTO

Pescador.

BELTRAN

(Reparando en el traje.)

¡Y muy pobre!

¡Cómo!

ROBERTO

¡Mantengo a mi madre!

BELTRAN

(¡Honrosa altivez!)

ROBERTO

Y creo

que de su cariño en pago

con el mío satisfago

cuanto sueña su deseo.

Siempre que salgo a pescar

dejo a la impedida anciana

enfrente de una ventana

por donde contempla el mar.

Allí mi regreso espera,

siguiendo con vista ansiosa

la marcha vertiginosa

de mi barquilla velera;

y al verme volver, erguida

y agitando su pañuelo,

parece un ángel del cielo

que me da la bienvenida.

BELTRAN

Ni de ella te has de apartar,

ni de ésta, que te ama tanto.

ROBERTO

¡Cómo!

BELTRAN

Seca ya ese llanto

que tu suerte va a cambiar.

En tu alma existe un tesoro

de inapreciable valer;

desgraciado no has de ser

por faltarte un poco de oro.

¡Felizmente rico soy!

Admite, pues, de buen grado

algo de lo que has salvado,

que con el alma te doy.

Así te demostraré

cuánto es mi agradecimiento...  
y mi cariño...

ROBERTO

Lo siento,  
pero... no es posible.

BELTRAN

¿Qué?

ROBERTO

Fuera indigno en mi aceptar  
tal dádiva, lo repito.

BELTRAN

Mas ¿por qué?

ROBERTO

Yo nunca admito  
lo que no puedo pagar.

ANGELA

(¡Ay!)

BELTRAN

(A ANGELA.)

(Su intención es honrada.)  
No te brindé el beneficio  
en cambio de un sacrificio  
que no se paga con nada.  
Lo que me atrevo a ofrecer  
y que tú aceptar no quieres,  
trabajando—¡joven eres!—  
me lo puedes devolver.

ROBERTO

(Después de pensar un mo-  
mento.)

¿Pensáis que es posible?

BELTRAN

¡Claro!

Y sabiendo la intención  
debieras, en mi opinión,  
aceptarlo sin reparo.

ROBERTO

Trabajar... ¡Bien puedo, sí!

BELTRAN

Tan sólo en ese concepto  
te lo daré.

ROBERTO

(De pronto.)

Pues... lo acepto.

ANGELA

¡Ah!

ROBERTO

¡Por mi madre... y por ti!

ANGELA

¡Gracias!

BELTRAN

(¡Qué alma tan hermosa!)  
Muy en breve el santo lazo  
os unirá. ¡Da un abrazo  
a la que ha de ser tu esposa!

(Le empuja hacia donde está  
ANGELA, y ésta y él se abra-  
zan estrechamente a tiempo  
de aparecer SIMÓN.)

## ESCENA ULTIMA

DICHOS y SIMÓN

MÚSICA

ROBERTO

¡El!

ANGELA

¡Virgen santa!

SIMÓN

(Yendo iracundo hacia ellos)

¡Ah! ¡Vive Dios!

BELTRAN

(Interponiéndose.)

¡Yo les amparo!

SIMÓN

¿Y quién sois vos?

BELTRAN

Un hombre soy que debe

la vida a este rapaz,  
que despreció la suya  
por socorrerme audaz.  
Fortuna y existencia  
por él del mar salvé,  
haciéndole dichoso  
mi deuda pagaré.

Y como en esta niña  
cifró su dicha toda,  
dispuesto a darle gusto  
protegeré su boda.  
En vano es oponerse.  
pues lo he resuelto ya,  
y pese a quien pesare  
con ella casará.

SIMON

¡Ja, ja, ja, ja,  
risa me da!

BELTRAN

Reid, reid  
cuanto queráis.

SIMON

Vos ignoráis, sin duda,  
que si él quiere a la chica,  
por cálculo es tan sólo,  
pues la supone rica.

ROBERTO

A ultraje tan villano,  
ni aun quiero contestar.

SIMON

¡Ya veis, el miserable  
se tiene que callar!

ROBERTO

(A ANGELA.)  
(Por ti tan vil ofensa  
me atrevo a devorar.)

ANGELA

(Tu inmenso sacrificio  
mi amor sabrá apreciar.)

BELTRAN

Yo de las Indias  
traigo un tesoro:  
puedo a este chico  
pesar en oro.  
Para él respeto  
de vos exijo:

padre no tiene,  
yo le prohijo.  
Y si os parece poco,  
no dudo ya,  
¡todo cuanto poseo  
suyo será!

ROBERTO

¡Cómo pagar, Dios mio,  
tanta bondad!

ANGELA

¡Mi alma de afecto llena  
gracias os da!

SIMON

siendo tan generoso,  
fuerza será ceder.

BELTRAN

¿Luego asentis gustoso?

SIMON

¿Pues qué he de hacer?

¡Ah!

(BELTRAN hace unirse a ROBERTO y ANGELA, que se abrazan.)

ROBERTO y ANGELA

El alma mía enamorada  
despierta en mágica explosión,  
y con su fuerza arrebatada  
gozoso late el corazón.

BELTRAN

(Contemplándolos con placer.)

¡Linda pareja enamorada!  
¡Oh! ¡Cuánto goza el corazón  
viendo su dicha asegurada  
al solo anuncio de su unión!

SIMON

(Mirando a BELTRAN.)

¿Por qué me turba su mirada?  
¿Por qué se agita el corazón  
y a mi memoria conturbada  
acude fúnebre visión?

ROBERTO

(Separándose de ANGELA.)  
A ver voy a mi madre,  
que ya mi ausencia llora.

(A BELTRÁN.)

Dejad, señor, que bese  
su mano bienhechora.

*(La besa. BELTRÁN le coge, y  
atrayéndole hacia sí le abraza  
a él y a ANGELA, formando  
grupo.)*

BELTRAN

¡Fortuna y alegría  
el cielo os quiera dar,  
y así será la mía  
vuestra felicidad!

¡Ah!

ROBERTO y ANGELA

El alma mía enamorada, etc.

BELTRAN

Linda pareja enamorada, etc.

SIMON

*(Contemplando el grupo.)*

¿Por qué me turba su mirada?  
Etc.

ROBERTO

¡No cabe en mi alma la alegría!  
Adiós, mi noble protector.  
¡Hasta mañana, vida mía!  
Con Dios quedad, señor Simón.

ANGELA

¡Adiós!

SIMON

¡Adiós!

BELTRAN

¡Adiós!

*(BELTRÁN se acerca a SIMÓN,  
en tanto que ROBERTO a AN-  
GELA, ya cerca del foro.)*  
¡Gocemos en la dicha de los  
[dos!

ROBERTO

¡Adiós!

ANGELA

¡Adiós!

*(ROBERTO le da un beso, a  
cuyo sonido se vuelven SI-  
MÓN, fosco, y BELTRÁN, risue-  
ño. ANGELA se queda rubori-  
zada. ROBERTO se despide des-  
de la puerta.)*

SIMON

¿Eh?

ROBERTO

¡Adiós!

TODOS

¡Adiós!

FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

---

Exterior de la hostería de Simón, a la izquierda. Al foro, rocas y el mar. A la derecha cierra el fondo un grupo de acantilados por entre los cuales se supone verse el mar. Las salidas deben hacerse por la izquierda, entre la hostería y las rocas, y por el foro entre éstas y la marina.

### ESCENA PRIMERA

*(La escena, sola; la hostería, cerrada. Aparecen varios grupos de pescadores y mujeres que vienen con los trajes de día de fiesta.)*

### MÚSICA

#### MUJERES

Llegad, llegad,  
venid, venid;  
una alegre alborada cantemos  
y así despertemos  
a la novia que duerme feliz.

#### PESCADORES

Venid, venid,  
llegad, llegad;  
la doncella que hoy va a ser es-  
despierta gozosa [posa  
a la voz de la dulce amistad.

#### TODOS

Venid, venid,  
llegad, llegad.

*(Colocándose todos frente a  
la puerta de la hostería.)*

#### ALBORADA

#### CORO

Despierta, niña, despierta,  
que el día avanzando va,  
y la amistad a tu puerta  
alegre llamando está.  
Abre ya tu ventana,  
mira el cielo azul,  
que pintó la mañana  
con hermosa luz;  
que la niña que duerma  
cuando nace el sol,  
de seguro está enferma  
o no tiene amor.  
Ligera salta del lecho  
y de él despidete ya,  
que para dos harto estrecho  
desde esta noche será.  
Abre ya tu ventana, etc.

## ESCENA II

DICHOS, MATEO, que abre la puerta de la hostería

MATEO

Tengan muy buenos días.

CORO

¡Hola, Mateo!

MATEO

La novia os agradece  
vuestro deseo.  
Mas hoy que la despierten  
no necesita,  
que no pegó los ojos  
la pobrecita.  
Y es natural,  
que en vispera de boda  
se duerma mal.

CORO

Es natural,  
que en vispera de boda  
se duerma mal.

(Acercándose y rodeando  
MATEO. En voz baja.)

¿Y es cierto lo que dicen  
de que el padrino  
con gran fortuna  
de la India vino?

MATEO

No lo dudéis;  
oíd un solo instante  
y juzgaréis.  
Ha comprado veinte casas,  
las mejores del lugar,  
donde quiere, según cuentan,  
un palacio edificar.  
Y para ir a pasearse  
por el mar a su placer,  
un navío de tres puentes...  
dicen que ha mandado hacer.

CORO

¡Eso no puede ser!

MATEO

¡Pues sí que puede ser!

Y en fin, después de todo,  
ya lo hemos de ver!

CORO

¡Eso no puede ser!

MATEO

Guarda en onzas mejicanas  
un inmenso capital,  
y pepitas de oro puro  
da más peso que un quintal.  
Piedras finas, no digamos,  
pues las tiene en un montón,  
y hay entre ellas un diamante...  
del tamaño de un melón.

CORO

No habrá exageración?

MATEO

¡No hay exageración!  
Os digo que el indiano  
trae un fortunón.

CORO

Sin duda que el indiano  
trae un fortunón.

HABLADO

MATEO

Nada, nada; os lo aseguro,  
es un hombre poderoso,  
y más sencillo y más franco...  
Ayer me dijo: «Buen mozo  
(me hace justicia), tal vez  
pienses en casarte pronto;  
cuando lo decidas, dímelo,  
que yo a la novia la doto».

MUJER 1.<sup>a</sup>

¿Y en cuánto?

VARIAS

¿En cuánto?

MATEO

(¿Qué tal?)

Ya han abierto cada ojo...  
(Dándose importancia.)

Pues... no lo sé; pero creo que la dote debe ser gordo. Conque a animarse, que soy un partido como hay pocos. (Desde hoy me van a asediar las mozas con sus piropos.)

PESCADOR

¿Y el señor Simón?

MATEO

Está

llevado de los demonios.

PESCADOR

Es natural.

MATEO

De la usura vivía ese viejo zorro, haciendo con el sudor de los pobres su negocio; cuando se entera del caso el viajero, no sé cómo, va, recoge los recibos, y entre el general asombro: «¡Tomad, dice a los deudores, yo vengo en vuestro socorro; a trabajar, ya sois libres, ya lo habéis pagado todo!» Y rompió los documentos y se quedó tan orondo.

MARINERO 1.º

Ha sido un rasgo soberbio.

PESCADOR

Cierto que lo es, pero noto en la conducta de ese hombre no sé qué de misterioso.

*(Acercándose todos y le oyen con interés.)*

Ayer se fué al cementerio y se encerró con Ambrosio el enterrador.

MARINERO 1.º

¡Canario!

PESCADOR

Yo le vi entrar, y a muy poco salió al patio de los muertos,

hizo entonar un responso al padre cura; rezando lo escuchó puesto de hinojos; besó la tierra y después, levantándose lloroso, al cepillo de las ánimas echó tres monedas de oro.

MUJER 1.ª

¡Es extraño!

OTRA

¡Muy extraño!

MATEO

Pues yo en él lo encuentro pro-  
[pio;

como es tan bueno, sin duda queriendo hacer bien a todos, se ha dedicado a sacar ánimas del purgatorio.

MARINERO 1.º

Lo cierto es que el hombre tiene un corazón muy hermoso.

MATEO

Y ha hecho más bien en tres  
[días que en toda su vida otros.

PESCADOR

¡Ya lo creo!

MATEO

Y en la boda veréis hoy si es generoso.

¡Qué regalos!

MUJER 1.ª

¡Buen padrino han encontrado los novios! Entremos a verla a ella.

PESCADOR

¡Y a él a buscarle nosotros!

*(Las MUJERES entran en la hostería y los HOMBRES vanse por la izquierda. Música en la orquesta.)*



## ESCENA III

MATEO y después MARGARITA

MATEO. — ¡Estoy más alegre que unas Pascuas! Aunque sólo fuera por salir de esa hostería, donde tanto se trabaja, y no ver más la cara de buho del señor Simón, y no aguantar sus regaños y sus gruñidos... ¡Digo, y ahora que echará un humor de todos los diablos, viendo que se le ha ido el negocio de entre las uñas! ¡El demonio que lo aguante!

MARGARITA. — *(Desde la puerta.)* ¡Mateo!

MATEO. — ¿Qué hay?

MARGARITA. — Ven acá, que está todo esto en desorden.

MATEO. — Mejor. *(Con tranquilidad y sorna.)*

MARGARITA. — ¡Pero muchácho, que haces falta!

MATEO. — Mejor.

MARGARITA. — *(Acercándose.)* Que el señor va a bajar y se pondrá hecho una fiera.

MATEO. — Mejor que mejor.

MARGARITA. — ¿Te has vuelto loco?

MATEO. — Más cuerdo no lo he sido nunca. Pero ya estoy harto de servir bien a gente que no sabe agradecerlo.

MARGARITA. — ¡Mira que si te oye va a despedirte!

MATEO. — ¿A mí? ¡Je, je, je!

MARGARITA. — ¡Ya lo creo! ¡Le faltarán criados para su casa!...

MATEO. — Pues puede buscar uno, porque yo hoy mismo tomo soleta.

MARGARITA. — ¿Qué dices?

MATEO. — Que me voy a servir a los recién casados.

MARGARITA. — ¡Es posible!

MATEO. — Que su padrino y mi padrino y el padrino de todos, porque ese hombre es el padrino de todo el mundo, dijo anoche, dice: «Muchácho, desde mañana cuenta con doble salario del que tienes, y así que se verifique la boda, te vas con los novios a su casa».

MARGARITA. — ¿De manera que me quedo sola con el señor Simón?...

MATEO. — Y añadió: «A Margarita nada le digo porque como ha pasado en la hostería toda su vida, acaso no quiera abandonarla y separarse de su antiguo amo. Sin embargo, si desea venirse con nosotros, también le ofrezco una buena soldada».

MARGARITA. — Yo se lo agradezco, pero no abandono a mi señor. ¡Pobre viejo!... Todo esto va a quitarle la vida.

MATEO. — No se perdería mucho.

MARGARITA. — ¡Mateo!

MATEO. — Pero, descuidad, que cosa mala nunca muere.

## ESCENA IV

DICHOS, SIMÓN a la puerta de la hostería

SIMON. — ¡Eh, muchacho! ¡Margarita! Así me gusta; la casa abandonada a toda esa patulea de comadres que se ha colado de rondón, y vosotros mano sobre mano.

MARGARITA. — Yo habia salido a buscar a éste... (Mal humorado se levanta hoy.) (Entra en la hostería.)

SIMON. — ¿Y tú qué haces ahí?

MATEO. — Pues... ya lo veis... nada. (Dándose mucha importancia.)

SIMON. — A trabajar, andando.

MATEO. — Lo que es por ahora... me parece que no estoy dispuesto para eso.

SIMON. — ¿Qué dices?

MATEO. — Es día de boda y fiesta, me he vestido de majo y el cuerpo me pide mucho jaleito.

SIMON. — ¡Insolente!

MATEO. — Y no pienso ocuparme en otra cosa que en bailar y divertirme.

SIMON. — ¡Vive Dios, que ya es mucha falta de respeto! (Yendo hacia él con aire amenazador.)

MATEO. — ¡Eh! ¡Eh! No hay que alborotarse. Si lo queréis así, bueno, y si no, tan conformes. Ni vos necesitáis de mis servicios, ni yo de vuestra casa. El padrino de los novios, que sabe apreciar a las personas que valen, me ha ofrecido doble salario para que vaya a servirle, y con él me voy y Cristo con todos, y buscad otro infeliz que sufra vuestras impertinencias, que yo ya estoy de ellas... hasta aquí.

SIMON. — ¿Cómo?

MATEO. — ¡Hasta aquí! (¡Ay! ¡Qué tranquilo me ha dejado este desahogo!) (Entra en la hostería.)

## ESCENA V

SIMÓN solo

SIMON. — ¡El infierno se ha desatado en contra mía! ¿Quién es ese hombre que así se goza en mortificarme, que destruye todos mis proyectos, descompone mis negocios y arranca de mi lado a los que antes me querían y respetaban? Parece mi castigo. Le odio y le temo. Su sonrisa me hiela, su mirada me aturde... No he podido resistirla de frente... Y después, los recuerdos que trae a mi memoria... ¡Bah! Serán sospechas hijas del temor, recelos de mi alma inquieta... Siempre dudando, temiendo siempre...

ESCENA VI

DICHO, BELTRAN, *que llega por el foro, se acerca a él sin ser visto, y le pone la mano sobre el hombro.*

SIMON. — *(Asustado, volviéndose.)* ¿Eh? ¡Ah! ¡Sois vos!

BELTRAN. — ¡Meditabundo estabais!

SIMON. — Tengo mucho en qué pensar. Que Dios os guarde.

BELTRAN. — Escuchad un momento y hablemos como buenos amigos.

SIMON. — Es difícil.

BELTRAN. — ¿Por qué?

SIMON. — No queráis añadir el sarcasmo a las ofensas que me habéis hecho.

BELTRAN. — ¿Yo? ¿En qué puedo haberos ofendido?

SIMON. — En cuanto hicisteis desde vuestra llegada. ¡Maldigo la hora en que arribasteis a la playa!

BELTRAN. — ¡Y yo con toda mi alma la bendigo!

SIMON. — Sea en hora buena; dejadme en paz.

BELTRAN. — No por cierto. La ocasión de sincerarme ante vos no puede ser más oportuna, y he de aprovecharla. Además, tengo que pidiros un favor.

SIMON. — ¿Cuál?

BELTRAN. — Que asistáis a la boda.

SIMON. — No por cierto.

BELTRAN. — Amargaréis la dicha de Angela.

SIMON. — Más acibara ella la mía.

BELTRAN. — Pero en un principio, ¿no accedisteis a que se casaran?

SIMON. — No lo pensé bien. Además, creí entonces que al proteger el amor de esos muchachos teniais una buena intención; luego he visto que os anima contra mí un espíritu de venganza que no acierto a explicarme.

BELTRAN. — Es natural; ¿cómo habéis de explicaros un sentimiento que no existe?

SIMON. — Separando a Angela de mi lado, me arrebatáis el solo bien que poseo, el único consuelo de mi vejez.

BELTRAN. — Pues quédese el matrimonio a vivir con vos, y así estaréis todos contentos.

SIMON. — No quiero en mi casa a ese mozo insolente y atrevido.

BELTRAN. — Y él no querrá, como comprenderéis, vivir separado de su mujercita.

SIMON. — Os habéis propuesto dejarme aislado en el mundo y vais a conseguirlo. *(Con amargura.)*

BELTRAN. — *(Cariñosamente.)* Vaya, vaya: ni soy yo quien arranca de vuestro lado a esa niña, ni hago otra cosa protegiendo al que va a ser dueño suyo, que llenar de gozo el corazón de ambos, pagar una deuda de gratitud a quien debo

mi vida y mi fortuna, y premiar las virtudes de Angela, que en vuestro poder no ha sido muy dichosa. (*Bajando la voz.*)

SIMON. — ¡Es posible! ¿Tiene alguna queja contra mí? ¿No la he tratado como a una hija?

BELTRAN. — En efecto, como hubierais tratado a una hija vuestra... Todo lo bien que os permite la avaricia que seca vuestra alma.

SIMON. — (*Sorprendido.*) ¿Ella lo ha dicho?

BELTRAN. — De su boca no ha salido para vos sino palabras de gratitud y de respeto. De cariño, no, porque es difícil que os hagáis querer de nadie.

SIMON. — (Sufro de este hombre ofensas que no toleraría a ningún otro.)

BELTRAN. — (*Siempre en tono afectuoso.*) Desengañaos, señor Simón, yo he venido a tiempo de evitar que en los últimos años de vuestra vida seáis aborrecido de cuantos os rodean. Aun podéis conquistaros su afecto. Vuestros deudores, redimidos por mí, olvidarán bien pronto la explotación de que fueron objeto, y Angela, feliz al lado de su esposo, alegrará los días de vuestra ancianidad.

SIMON. — (*Con ironía.*) Por lo visto, aun debiera daros gracias por lo que habéis hecho.

BELTRAN. — ¿Quién lo duda? Y yo he de conseguir al fin y al cabo que disfrutéis un goce del cual no tenéis ni la idea más remota.

SIMON. — ¿Cuál?

BELTRAN. — El de hacer bien. Delicia no comparable a ninguna otra; placer que vierte en el alma un bálsamo tan dulce como no es posible ni soñarlo.

SIMON. — ¡Ah! Vos pensáis, sin duda, que el hacer bien consiste en solventar las deudas de unos cuantos haraganes, que os pagarán con su ingratitud ese beneficio; llamáis hacer bien a realizar la boda de dos muchachuelos sin experiencia, que van a ser infelices; suponéis que el hacer bien se reduce a regalar trajes y galas a la chica para envanecerla... No conocéis lo que es el mundo, sois demasiado joven.

BELTRAN. — Friso en los cuarenta.

SIMON. — Pues estáis haciendo una porción de niñerías y ya recogeréis el pago.

BELTRAN. — (*Casi suplicante.*) En fin, prometedme que asistiréis hoy a la iglesia.

(*Oyese rumor de gente que llega.*)

SIMON. — No autorizo con mi presencia esa unión que considero desatinada. Allí viene tan satisfecho vuestro protegido. No quiero ni verle. ¡Quedad con Dios! (*Entra en la hostería.*)

BELTRAN. — ¡Id con él! ¡Miserable viejo! ¡La dicha ajena le sirve de tortura! Digno es de compasión.

## ESCENA VII

DICHOS, CORO DE HOMBRES *que acompañan a ROBERTO, el cual viste lujoso traje de fiesta. Sale de la hostería el CORO DE MUJERES y ANGELA, vestida de novia. BELTRÁN baja del foro al proscenio abrazando a ROBERTO*

## MÚSICA

## HOMBRES

En busca de su novia,  
que ya le espera,  
el novio, engalanado,  
contento llega.

## MUJERES

En busca de su novio,  
que ya le aguarda,  
aquí sale la novia  
engalanada.

## ROBERTO

¡Angela mial!

## ANGELA

¡Roberto amado!  
Mi buen padrino.

## BELTRAN

¡Que os guarde Dios!

## ROBERTO y ANGELA

Ya llegó el día  
tan esperado.

## BELTRAN

¡Que eterno sea  
para los dos!

## CORO

*(Rodeando a los novios. Solemnemente.)*

Según vieja costumbre  
del pueblo bretón,  
antes que os eche el cura  
la bendición,  
de todos los amigos  
debéis escuchar  
consejos saludables  
que os quieren dar.

## ROBERTO y ANGELA

Podéis empezar,  
que ya estamos dispuestos  
para escuchar,

*(BELTRÁN se retira al foro. Las MUJERES, formando semicirculo, rodean a ROBERTO, y los HOMBRES, en la misma forma, a ANGELA.)*

## MUJERES

Con su mujer muy complacien-  
todo marido debe ser. [te

## HOMBRES

Debe la esposa, humildemente,  
a su marido obedecer.

## MUJERES

Si hay disensión, porque no  
[siga,  
él es quien tiene que callar.

## HOMBRES

Diga el marido lo que diga,  
ella no debe replicar.

## MUJERES

Debe el marido cariñoso  
ser a su esposa siempre fiel.

## HOMBRES

Y ella vivir para su esposo  
y estar pensando siempre en él.

## MUJERES

Junto a su esposa todo el día,  
un buen marido debe estar.

## HOMBRES

Y si el marido se extravía...  
mucho paciencia y aguantar.

## TODOS

*(Ocupando la posición anterior.)*

¡Novios felices,  
ya lo sabéis,  
el cielo os premie  
si así lo hacéis!

ANGELA

Vuestros consejos  
no olvidaré  
y a mi marido  
feliz le haré.

ROBERTO

Vuestros consejos  
no olvidaré  
y haré la dicha  
de mi mujer.

(ROBERTO y ANGELA, pasando de uno a otro lado, quedan al contrario que antes, es decir, él entre los HOMBRES y ella entre las MUJERES, que vuelven a formar rápidamente los dos semicírculos. Ambos grupos se estrechan para decir los siguientes versos.)

MUJERES

(A ANGELA.)

Mete en un puño  
a tu marido.

HOMBRES

(A ROBERTO.)

Ten bien sujeta  
a tu mujer.  
Tú no te fies.

MUJERES

¡Tú ten cuidado!

HOMBRES

¡Ojo con ella!

MUJERES

¡Ojo con él!

TODOS

Novios felices, etc.

## HABLADO

MATEO. — (Que ha salido de la hostería momentos antes.) ¡Ea, basta ya de consejos! Al fin y al cabo en cuanto se casan los olvidan y hace cada uno su santísima voluntad.

BELTRAN. — ¡Mateo! Da de beber por mi cuenta a todos los presentes lo más añejo que haya en casa!

MATEO. — Pues adentro todos. Y aunque ya no sirvo en la hostería, como soy el único que sabe los secretos de la bodega, os obsequiaré dignamente en nombre del padrino. Pero antes, y para que rabie el señor Simón, que está allá dentro, demos unos cuantos «vivas» que retumben en toda la costa. (Acercándose con el Coro a la puerta.) ¡Viva el padrino!

TODOS. — ¡Viva!

MATEO. — ¡Vivan los novios!

TODOS. — ¡Vivan!

MATEO. — (Que corta la prolongación de cada uno de los vivos con un movimiento a la manera de los directores de orquesta.) Estas revoluciones pacíficas me llenan de entusiasmo.

(Entran en la hostería.)

## ESCENA VIII

## ANGELA, BELTRÁN y ROBERTO

BELTRAN. — Gracias, hijos míos, gracias.

ROBERTO. — Aprecian en lo que vale vuestra generosidad.

BELTRAN. — Me lo pagan con creces y consigo de esta manera que participen todos de vuestra dicha.

ROBERTO. — ¡La mía no puede ser mayor!

BELTRAN. — Angela, ¿qué es eso? ¿Qué tienes?

ROBERTO. — ¿Lloras?

ANGELA. — Sí, no lo extrañéis; el cielo de mi felicidad se halla hoy empañado por una nube de tristeza.

BELTRAN. — ¿Qué es ello?

ROBERTO. — ¿Qué puede afligirte?

ANGELA. — Cuando me levanté esta mañana, fui como todos los días a saludar al señor Simón, y no ha querido verme.

ROBERTO. — ¡Bah! ¿Y eso te desconsuela?

ANGELA. — Yo no puedo olvidar que, niña, desvalida y huérfana, me recogió en su casa; que a su lado pasé mi vida entera, y que no he conocido otro padre. Al unirme a ti contra su voluntad, pensará acaso que soy una ingrata, que olvido los favores que le debo.

BELTRAN. — No digas eso. Harto bien te conoce para saber que no cabe en tu pecho la ingratitud.

ROBERTO. — Y sobre todo, yo te aseguro que antes de mucho ha de querernos a los dos más que antes a ti sola.

ANGELA. — No lo creas. Yo le estimo, yo le respeto, pero conozco que tiene una mala condición: no olvida los agravios.

ROBERTO. — Oye, cuando salgamos de la iglesia, después de ver a mi madre, que ya nos aguarda con impaciencia para unirnos en un estrecho abrazo, vendremos los dos a la hostería, nos echaremos a las plantas del señor Simón, y como si en algo le hubiéramos ofendido, le pediremos perdón humildemente. Yo le haré ver que no he venido a robar su amor, sino a hacer más grande y duradera la dicha de su hogar; que seré el báculo de su vejez... En fin, le diré tales cosas, que acabará por quererme mucho. ¡Vaya! Pues si me pinto yo solo para engañar a cualquiera.

ANGELA. — ¿Cómo?

BELTRAN. — ¿Eh?

ROBERTO. — De buena manera, se entiende. Porque, de veras te digo, por mucho respeto que le finja y mucho cariño que le aparente, nunca podrá ser santo de mi devoción tu padre adoptivo. Hay en él algo que no me atrae... Ese carácter uraño... ese ceño sombrío se avienen mal con mi genio alegre y bullicioso.

ANGELA. — Si soy yo, y no he podido acostumbrarme en mi

vida. «Dame un beso—me dijo algunas veces—; no correspondes al cariño que te tengo.» Y yo le respondía besándole en la frente con timidez: «No sé por qué, pero... parece que me daís miedo». Entonces él me rechazaba con violencia, se ponía más sombrío que antes, y yo me retiraba asustada. Y a solas luego, llorando, decía, reprendiéndome: «Sí, yo debía quererle, debía quererle... y no le quiero».

BELTRAN. — Dificilmente recoge cariño quien no sabe sembrarlo.

ROBERTO. — Yo te ruego que procures alejar esos pensamientos que te entristecen. ¡Todo el tiempo me parece poco para gozar de la ventura que nos sonríe!

BELTRAN. — En ti consiste que no se desvanezca.

ROBERTO. — ¿En mí?

BELTRAN. — Tú puedes hacer feliz o desgraciada a esta pobre niña.

ROBERTO. — ¿Y dudáis que la haré dichosa?

BELTRAN. — No; pero temo que para casado seas demasiado niño.

ROBERTO. — ¿Niño? Yo os probaré que no.

BELTRAN. — ¡Dios lo quiera! Y, vamos a ver, ¿qué regalo de boda has hecho a Angela? Porque ya sabes que la costumbre obliga al novio a ofrecer un rico presente.

ROBERTO. — (*Cortado.*) Pues, yo... la verdad es que...

ANGELA. — A mí me basta con su cariño. Ya me habéis puesto bastante engalanada. ¿Para qué quiero más?

BELTRAN. — Sin embargo, ese vestido exige alguna joya; un collar, por ejemplo.

ROBERTO. — Ciertó que sí, y yo le prometo... que con lo primero que gane he de comprárselo.

BELTRAN. — Que te agradezca la intención, pero no es preciso. Permíteme que en tu nombre le ofrezca yo éste. (*Enseñándole uno que saca del bolsillo.*)

ROBERTO. — ¡Oh! ¡Qué hermoso es! En mi vida vi cosa que se le parezca.

#### MÚSICA

BELTRAN

Diamantes brasileños  
tan claros como el sol,  
te ofrezco, hermosa niña,  
en cariñoso don.  
Del fondo de la tierra  
mi mano los sacó;  
que adorne tu hermosura  
su mágico fulgor,

(*Le da el collar, que ANGELA  
contempla un instante.*)

ANGELA

¡Oh, qué linda joya!  
¡Causa admiración!

ROBERTO

¡Dignas de una reina  
tales piedras son!



BELTRAN

*(Dándole un lindo espejito de mano.)*

Póntelas, y en este diáfano cristal, todos tus encantos puedes admirar.

ROBERTO

¡Sois muy generoso!

ANGELA

Gracias mil os doy.

ROBERTO

*(A ANGELA.)*

Deja que yo mismo a adornarte voy.

*(Le pone el collar.)*

ANGELA

*(Contemplándose en el espejo.)*

Como gotas de fresco rocío que adornan temblando la cándida flor, estas piedras sobre el pecho mio se agitan brillando con limpio fulgor. ¡En su seno la luz juguetea con lindos cambiantes que trueca el azar, y parece que el sol se recrea mil chispas radiantes haciendo brotar!

ROBERTO

*(A BELTRAN.)*

Aunque de su rostro, fiel ese cristal todos los encantos sepa reflejar, en su hermosa imagen faltará calor; viéndose en mis ojos se verá mejor.

*(Se acerca a ella.)*

BELTRAN

Tiene el jovencillo celos del cristal que de su adorada copia así la faz. Y a la vez risueño piensa con su amor que en sus negros ojos se verá mejor.

ROBERTO

*(A ANGELA.)*

Aunque de tu rostro, etc. Mirate en mis ojos, te verás mejor.

ANGELA

Yo por ti desprecio este fiel cristal, y cuando mi rostro quiera contemplar, como tu mirada llena está de amor, siempre en esos ojos me verá mejor.

## HABLADO

ROBERTO. — ¡Hermoso es el collar!

ANGELA. — Como yo no podía ni soñarlo. ¡Ah! ¡Con qué podremos pagaros tantos beneficios!

BELTRAN. — Con vuestro afecto me considero bien pagado.

ROBERTO. — Yo no encuentro ya palabras para expresar mi agradecimiento.

BELTRAN. — Ni hace falta que las busques. Vaya, se acerca la hora de encaminarnos a la iglesia. Ve a ponerte el velo de desposada.

ROBERTO. — Tiene razón, y yo, con vuestro permiso, voy a ayudarle a ponérselo.

BELTRAN. — Si, sí; no la dejes sola un momento, no vaya a evaporarse.

ANGELA. — ¿Os burláis?

BELTRAN. — ¿Burlarme yo del amor? No, hija mía, no. ¡Benditos los que aman!

ANGELA. — Hasta luego.

ROBERTO. — Hasta después.

## ESCENA IX

DICHOS, *el JUEZ, que sale de la hostería*

ANGELA. — ¡Ah, señor!

JUEZ. — Buenos días, felices novios.

ANGELA. — Buenos los tengáis.

ROBERTO. — Con vuestro permiso, vamos adentro...

JUEZ. — Id con Dios. *(Entra en la hostería.)*

BELTRAN. — *(Acercándose.)* Señor Juez, no sabéis cuánto os agradezco el favor de haberos detenido para honrar con vuestra presencia la ceremonia.

JUEZ. — Yo me complazco en satisfacer ese deseo, y tengo sumo gusto en asistir al enlace de esos buenos muchachos, que os deben su felicidad.

BELTRAN. — Creo que la merecen toda. Ella y él tienen un corazón de oro.

VOCES. — *(Dentro.)* ¡Que beba! ¡Que cante! ¡Vivan los novios! ¡Viva el padrino!

SIMON. — *(Dentro.)* Dejadme en paz.

VOCES. — ¡Que cante! ¡Que cante!

## ESCENA X

DICHOS, SIMÓN y CORO, *que sale tras él y rodeándole*

JUEZ. — ¿Qué algazara es ésa?

SIMON. — Os digo que me dejéis.

MATEO. — ¡Que cante el viejo! *(Un poco achispado.)*

SIMON. — Para canciones estoy yo ahora.

TODOS. — ¡Que cante, que cante!

MATEO. — Así, así, hacédle rabiar.

BELTRAN. — Pero, ¿qué es eso?

MARINERO 1.º — Que no queremos ver a nadie triste cuando todos estamos alegres.

MATEO. — Si, demasiado. Me parece que estamos demasiado alegres. ¡Je, je!

MARINERO 1.º — Vamos, señor Simón, cantadnos alguna cosa de vuestros tiempos.

BELTRAN. — Basta ya, dejadle.

SIMON. — No; voy a complacerles. Precisamente recuerdo ahora una antigua balada, que es muy oportuna para lo que se festeja.

VOCES. — ¡Que la cante!

SIMON. — ¡Allá va! Se llama «El abrazo de los novios».

TODOS. — ¡Bravo! (*Le rodean y canta.*)

## MÚSICA

SIMON

¡Din, don!,

¡din, dan!

Alegres las campanas  
repica el sacristán.

¡Din, don!,

¡din, dan!

La novia es una perla  
y el novio es muy galán.  
El cura los bendice,  
colmando así su afán.

¡Din, don!,

¡din, dan!

Ya salen de la iglesia,  
¡qué alegres todos van!

¡Din, don!,

¡din, dan!

Los dos recién casados,  
huyendo de la gente,  
dirigense a la mar;  
la pálida neblina  
envuelve, pudorosa,  
la nave donde van.

De pronto, el mar sereno,  
desátase iracundo,  
y el viento se hace oír;  
y a un golpe de las olas,  
la novia, arrebatada,  
desaparece allí.

Tras ella, audaz el novio,  
se lanza al mar bravío,  
y al fondo juntos van;  
y allí los dos se estrechan...

¡Qué triste es el abrazo  
primero que se dan!

¡Din, don!,

¡din, dan!

Mañana las campanas  
por ellos doblarán.

¡Din, don!,

¡din, dan!

Sus cuerpos a la arena  
las olas echarán.

¡Din, don!,

¡din, dan!

## HABLADO

(*Todos, que al principio de la canción escuchaban alegres, han ido entristeciéndose poco a poco, hasta quedar sombríos y cabizbajos.*)

MATEO. — (*Gimoteando.*) ¡Vaya una canción para alegrar a cualquiera! ¡El demonio del viejo!

SIMON. — (*Separándose de ellos.*) ¡Je, je! ¿No queriais cancióncitas?

MATEO. — ¡Cuando yo digo que este tío es muy malo!

(*Suenan lejos el tambor y la gaita.*)

MARINERO 1.º — ¿Oís? ¡La gaita!

MATEO. — ¡Y el tamborilero!

MARINERO 1.º — ¡En danza, muchachos!

(*Anímanse todos.*)

MATEO. — ¡Viva la alegría! (*Vanse hacia el foro; acercándose a SIMÓN.*) Aunque haya en el mundo mochuelos, nunca faltarán ruiseñores. (¡Anda, chúpate ésa!) (*Vase brincando y desaparece con los demás por el foro.*)

## ESCENA XI

SIMÓN, BELTRÁN y JUEZ

JUEZ

(*El JUEZ presta atención. SIMÓN escucha con ansiedad.*)

(*A SIMÓN.*)

SIMÓN

Ciertamente, la canción es harto triste y sombría e impropia de la ocasión.

(¡Ay de mí!)

BELTRÁN

BELTRÁN

Nunca la ajena alegría dió gozo al señor Simón. Siempre su enemigo fué.

SIMÓN

¿Qué sabéis vos?

BELTRÁN

Sí, lo sé.

SIMÓN

¿Por referencias quizá?

BELTRÁN

¿Por referencias? No a fe, que os conozco hace años ya.

SIMÓN

¿Vos?

BELTRÁN

Yo, sí. Tanto he cambiado con el tiempo transcurrido y vengo tan transformado, que, la verdad, no he extrañado que me hayáis desconocido. Pero bien seguro estoy de que, al fin, haréis memoria, y porque sepáis quién soy, en pocas palabras voy a referiros mi historia.

JUEZ

Escuchemos.

En esta playa nací de unos padres sin fortuna; huérfano desde la cuna solo en el mundo me vi. Sin hogar, techo ni abrigo, siendo de todo linaje de orden y freno enemigo, disfrutaba del mendigo la independencia salvaje. Buscando siempre al azar el cotidiano sustento despreciando el trabajar, vivía libre y contento de los despojos del mar. Y con juvenil ardor, tanto ansiaba la pelea en que mostrar mi valor, que llegué a ser el terror de la gente de la aldea. Por mi audacia y bizarría, el más valiente en la playa me respetaba y temía... ¡Alguno, acaso, no me haya olvidado todavía!

SIMÓN

(¡No!)

BELTRÁN

Pasó el tiempo, crecí; hombre un día me senti,

capaz de un oficio honrado  
y al verme pobre y menguado  
vergüenza tuve de mí.

—Soy joven, dije, soy fuerte,  
no tengo miedo a la muerte;  
mil a las Indias han ido  
y encontrado allí su suerte...

¡Por ella voy decidido!  
Y con el ansioso afán  
de los que en su busca van,  
dejé esta playa arenosa  
una noche tormentosa  
en alas del huracán.

SIMON

(¡El es!)

BELTRAN

La región indiana,  
hermosa tierra lejana  
que cria en su seno el oro,  
al que en buscarlo se afana  
da, generosa, un tesoro.  
Yo, con ardor sin igual,  
rendido más de una vez  
al trabajo coporal,  
y abrasándome mi tez  
bajo el fuego tropical,  
gasté pródigo mi vida;  
pero con fe no abatida  
logré colmado el deseo,  
y una fortuna poseo  
por el trabajo adquirida.  
Dueño de ella pensé ya  
feliz en volver acá;  
de esta tierra me acordaba,  
acaso porque pensaba:  
¡mis padres duermen allá!

¡Y ayer a su tumba fui,  
y sobre ella, arrodillado,  
dulces lágrimas vertí;  
ya debo estar perdonado  
si en algo les ofendí!

(Conmovido.)

SIMON

(Como haciendo un esfuerzo  
para convencerse al fin.)

¿Y os llamáis?...

BELTRAN

Claudio Beltrán.

SIMON

(¡Dios me valga! ¡Soy perdido!)

BELTRAN

Pronto me recordarán,  
y mi nombre oscurecido  
algunos bendecirán.  
Que como Dios me conceda  
la quietud apetecida  
y a mis deseos acceda,  
he de consagrar mi vida  
a hacer todo el bien que pueda.

ROBERTO

(Asomándose a la puerta de  
la hostería.)

¡Padrino, padrino!

BELTRAN

¡Voy!

Conque ya sabéis quién soy:  
si útil me juzgáis en algo,  
vuestro será desde hoy  
cuanto tengo y cuanto valgo.

(Entra en la hostería.)

## ESCENA XII

SIMÓN, JUEZ

JUEZ

¿Estáis temblando?

SIMÓN

(Procurando serenarse.)

No tal,

(¡Sí, yo lo debo decir!)

(Como si se sintiera desfallecer, se apoya en el JUEZ.)

JUEZ

¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Os sentís  
[mal?]

SIMON

Es... sorpresa natural  
por lo que acabo de oír.  
¡Sólo así me salvo yo.)

JUEZ

Pero, ¿qué os pasa?

SIMON

(En voz muy baja.)

Ese hombre...

¡Ese... es... quien asesinó  
al padre de Angela!

JUEZ

¡Oh!

¿Qué decis?

SIMON

Yo... por su nombre...  
El mismo se ha delatado;  
ante vos lo ha pronunciado:  
¡Claudio Beltrán!

JUEZ

¡Ah, sí! Ahora

recuerdo. ¿Pero él ignora  
que está a muerte condenado?

SIMON

(Aterrado.)

(¡A muerte!) Sin duda, sí.

JUEZ

¿Y cómo la audacia tiene  
de presentarse hoy así?

SIMON

Cierto, mas...

(Oyense la gaita y el tam-  
boril.)

JUEZ

La gente viene,

retirémonos de aquí.

Hay que probar si es el mismo.  
Tal valor y tal cinismo  
no se pueden comprender.

SIMON

(¡Se abre a mis pies un abismo,  
pero ya no he de caer!)

(Vanse por la izquierda.)

## ESCENA XIII

Coro general, precedido de los que tocan la gaita y el tamboril.

Después BELTRÁN, ROBERTO, ANGELA, MARGARITA y MATEO

## MÚSICA

CORO

En tanto que los novios  
salen acá,  
la alegre cornamusa  
vuelve a sonar,  
y al redoblar ligero  
del tamboril,  
los mozos y las mozas  
bailen aquí.

(Suspenden el baile, comen-  
zando cuando salen los per-  
sonajes indicados arriba.)

De la casa ya sale  
el cortejo nupcial;

ved la novia dichosa  
qué hermosísima va.  
Dios les dé luengos años  
de fortuna y de paz,  
y que juntos consigan  
su ventura gozar.

ROBERTO y ANGELA

¡Mentira me parece  
tanta felicidad!

BELTRAN

A la iglesia marchemos.

CORO

Vamos todos detrás.  
Dios les dé luengos años, etc.

## ESCENA XIV

DICHOS, el JUEZ y el SEÑOR SIMÓN. Tras ellos, cuatro GENDARMES, que se detienen a la izquierda, en segundo término

JUEZ

¡Alto, señores, todos, en nombre de la ley!

CORO

¿Qué es esto? ¿Qué sucede?  
¿Qué busca el señor Juez?

SIMON

(¡Señor! ¡Qué horrible angustia  
¡Piedad de mi tened!)

JUEZ

¡De aquí nadie se mueva!  
(Acercándose a BELTRÁN.)  
¡Daos preso!

BELTRAN

¿Yo! ¿Por qué?

ROBERTO y ANGELA

¡Oh, Dios! ¿De qué os acusan?

BELTRAN

No acierto a comprender...  
¡Mas el error en claro  
bien pronto yo pondré!

JUEZ

En vano es que tranquilo  
finjáis aparecer;  
hoy vuestro horrendo crimen  
al fin expiaréis.

TODOS y BELTRAN

¡Un crimen!

BELTRAN

Es un sueño.

SIMON

(¡Qué horrible padecer!)

BELTRAN

¿De qué me acusan; pronto,  
decidlo ya, de qué?

JUEZ

Veinte años ha que la justicia  
a muerte vil os condenó.

(A ANGELA.)

Este es el hombre, desgraciada,  
que a vuestro padre asesinó.

BELTRAN

¡Yo!

TODOS

¡Oh!

BELTRAN

¡Ah! ¡Qué impostura tan in-  
[fame!  
¡Yo mi inocencia probaré!

ANGELA

(Acercándose.)

¡Por Dios, decidnos vuestro  
[nombre!

BELTRAN

¡Claudio Beltrán!

ANGELA

(Separándose de BELTRÁN.)

¡Jesús!

CORO

(Retirándose algo.)

¡Es él!

¡Es él! ¡Es él!

BELTRAN

¿Por qué mi nombre, siempre  
[honrado,  
rechazan todos hoy así?

(A ANGELA y ROBERTO.)

¡Soy inocente, yo os lo juro!

ANGELA

¡No os acerquéis, no os acer-  
[quéis a mí!

BELTRAN

¡Ellos también, oh, santo cielo!  
¿Es sueño todo lo que oí?

CORO

(Creyó su crimen ignorado,  
tal vez ha vuelto aquí.)

BELTRAN

Tú, Señor, que la inocencia  
ves brillar desde la altura,  
sabes bien que en tu presencia  
puedo alzar mi frente pura.

¡De mi nombre envilecido  
salva el honor,

y haz que vea confundido  
al infame acusador!

¡Victima fui  
de un impostor;

yo espero en ti  
piedad, Señor!

SIMON

(Tiemblo y dudo en su presen-  
[cia

y al mirar su desventura,  
agitada la conciencia

implacable me tortura.

De mi pecho estremecido  
huye el valor,

y aferrado y confundido  
soy mi propio acusador.

Nunca sufrí  
tanto dolor.

¡Piedad de mí,  
piedad, Señor!

ROBERTO y ANGELA

El temor de la evidencia  
llena el pecho de amargura,  
vuelva a todos la ventura!

¡Quiera Dios que su inocencia  
¡Ah, por qué, por qué has na-

sueño de amor,  
[cido,

para verte sumergido  
en los mares del dolor!

¡Triste de mí!

¡Cuánto rigor!

Yo espero en ti  
piedad, Señor.

JUEZ, MATEO, MARGARITA,  
CORO GENERAL

¡Es extraña su imprudencia  
de venir a la ventura

donde existe una sentencia  
que la muerte le asegura!

Si del crimen cometido

es el autor,

no se explica que atrevido  
se presente sin temor.

Yo nunca vi

tanto valor,

él es aquí

su delator.

BELTRAN

(Al JUEZ.)

Vos sois de la justicia  
representante aquí;

¡vos mismo mi inocencia

proclamaréis al fin!

¡Si a la justicia humana

hoy ciega torpe error,

tranquilo y resignado

confío en la de Dios!

SIMON

(¡Qué horrible es el tormento  
porque pasando estoy!

¡Un medio de salvarle,  
inspirame, Señor!)

ANGELA y ROBERTO

(Al verle tan sereno

se ensancha el corazón.

Si acaso es inocente,

¡ampárale, Señor!)

JUEZ

(Al criminal impune

que así la ley burló,

severa la justicia

aplique su rigor.)



COHO, MATEO y ANGELA

(Jamás el que villano  
un crimen cometió,  
rechaza tan altivo  
la horrible acusación.)

(BELTRÁN se dirige a los gen-

darmes como entregándose a  
ellos. ROBERTO y ANGELA lo  
contemplan formando grupo.  
SIMÓN, aterrado, se separa al  
ver pasar a BELTRÁN. Cua-  
dro.)

ACTO TERCERO

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Sala con la de piano. A la izquierda una puerta.

ESCENA PRIMERA

Como en la escena anterior, que sale por la izquierda

MATEO

¡Qué cosa es esto!  
¡Qué cosa es esto!  
¡Qué cosa es esto!  
¡Qué cosa es esto!

COHO

¡Qué cosa es esto!  
¡Qué cosa es esto!  
¡Qué cosa es esto!

ESCENA II

Como en la escena anterior, que sale por la izquierda  
la puerta de la sala y entra lentamente en el Tribunal

¡Qué cosa es esto!  
¡Qué cosa es esto!

COHO

¡Qué cosa es esto!  
¡Qué cosa es esto!

¡Qué cosa es esto!

HOMBRES

¡Qué cosa es esto!

# ACTO TERCERO

Sala corta de paso. A derecha, izquierda y foro, puertas.

## ESCENA PRIMERA

CORO DE HOMBRES y MUJERES, *que sale por la derecha*

### MÚSICA

#### CORO

*(Señalando a la izquierda.)*

Esa es la puerta  
del Tribunal;  
por aquí el reo  
debe pasar.

Hasta que llegue  
no dejarán  
que los curiosos  
entren allá.  
¡Pero, silencio,  
que ahí vienen ya!

## ESCENA II

DICHOS, BELTRÁN, *que, seguido de dos GENDARMES, aparece en la puerta del foro y entra lentamente en el Tribunal*

#### CORO

¡Qué triste el desdichado  
y qué abatido está!  
Dios haga que inocente  
le juzgue el Tribunal.  
¡Qué triste va!  
¡Qué triste va!

#### HOMBRES

Entremos a la Audiencia,  
que el juicio va a empezar,

y el fallo inapelable  
muy pronto dictarán.  
¡Vamos allá,  
vamos allá!

*(Entran los hombres.)*

#### MUJERES

¿Nosotras, qué hacemos?

#### OTRAS

Yo dudo si entrar,

porque a mi estas cosas  
me impresionan mal.  
Y en entrando, tengo  
la seguridad  
de que por la noche  
lo he de recordar.

En cuanto me acuerdo  
sueño con fantasmas,  
unos que me roban,  
otros que me matan.  
Mi alcoba se llena  
de negras lechuzas,  
y vienen los duendes  
y salen las brujas.  
Y aquí me pellizcan,  
y allá me atenazan,  
y—¡plun! de repente  
se vuelca la cama.

Y siento unas cosas,  
—¡ay, Jesús, qué horror!  
que me pongo, primero muy  
[mala,

y luego peor.  
Por ver yo, curiosa,  
al guillotinado,

así viva un siglo  
no podré olvidarlo.  
Recuerdo su cara,  
sus ojos recuerdo,  
sus barbas, sus dientes,  
su voz y sus gestos.  
Y de haberle visto  
tuve varias noches  
una pesadilla  
de las más atroces;  
pues soñé que el reo,  
—¡ay, qué atrocidad!—  
¡me venía a tirar de las piernas  
en la oscuridad!  
Mas si al fin y al cabo  
nos lo han de contar,  
casi, casi creo  
preferible entrar.

(Decidiéndose.)

¿Vamos allá?

¡Vamos allá!

¡Ay, qué maldita  
curiosidad!

¡Vamos allá!

(Entran.)

### ESCENA III

MATEO, ROBERTO por la derecha

HABLADO

MATEO.— Anda, entra conmigo. No seas cobarde.

ROBERTO.— No, no puedo. Déjame.

MATEO.— Pues yo haré de tripas corazón, pero he de verle.  
Tal vez, al fin y al cabo, los jueces encuentren hoy alguna  
prueba en favor suyo.

ROBERTO.— Todas le acusan. Ese maldito cuchillo, que unido  
al proceso, ha conservado, y que, según dice, dejó sin duda  
olvidado en la hostería y ha reconocido como suyo, es la  
prueba más convincente. Luego, las declaraciones del señor  
Simón y de los otros dos testigos, únicos que viven después  
de tantos años, han confirmado la opinión de los jueces.

MATEO.— Pero no la mía.

ROBERTO.— Ni la mía tampoco.

MATEO.— ¿De modo que tú piensas, como yo, que es inocente?

ROBERTO. — ¿Quiēn lo duda?

MATEO. — Oye, Roberto; yo seré un pedazo de alcornoque, pero tengo un corazón que no me engaña. Y lo que yo digo: si ese hombre fué quien mató al padre de Angela y huyó, y allá en las Indias con el dinero robado hizo fortuna, ¿para qué necesitaba volver aquí, donde debía comprender que pesaba sobre él una sentencia?

ROBERTO. — Lo mismo pienso yo.

MATEO. — Y si después de tanto tiempo ausente le dió la mala idea de volver a su tierra, puesto que ninguno le ha reconocido, pudo muy bien llamarse de otro modo y nadie habria sospechado que este caballero millonario era aquel mozo miserable.

ROBERTO. — ¡Claro que sí!

MATEO. — Por todo lo cual, digo y repito que mientras él siga sosteniendo, como lo hace, que es inocente y que no tenia ni noticia del crimen, yo le creeré tan honrado y tan bueno como el que más.

ROBERTO. — Es imposible que sea delincuente. La seguridad de sus contestaciones en el interrogatorio, aquel acento de verdad que tienen todas sus palabras, lo sereno de su mirada, revelan una conciencia tranquila.

MATEO. — Estamos conformes.

ROBERTO. — Y esa es la opinión de todos. Sólo vacilan ante las pruebas del antiguo proceso y la convicción que en el pueblo habia de que Claudio Beltrán era el asesino del padre de Angela. Yo a veces he pensado: ¿será un sentimiento egoísta el que me hace juzgar a ese hombre inocente? ¿Cerraré los ojos ante la evidencia por los favores que le debo y porque de él solo depende mi fortuna?

MATEO. — ¡No! También se me ha ocurrido eso, pero inmediatamente he pensado esto otro: desde el instante en que fué preso, la justicia, como de costumbre, se apoderó de cuanto él tenia, y aquello que la justicia agarra, tarde o nunca lo suelta; de modo que hoy por hoy, ese infeliz es más miserable que cualquiera de nosotros. Y sin embargo de esto, y de no esperar recompensa alguna, si hoy como se dice, le condenan a muerte, yo estoy decidido a salvarle.

ROBERTO. — ¿Tú? ¿Qué dices?

MATEO. — Y si me ayudas, confío más en lograrlo.

ROBERTO. — ¿Pero cómo? ¿Cuál es tu proyecto?

MATEO. — Escucha. Ya sabes que el día de la boda, es decir, el día en que debí ser la boda, me despedí del señor Simón, diciéndole cuatro cositas muy bien dichas. ¡Como que no pensaba volver! Pero no fué así. En vista de lo ocurrido, y viéndome sin colocación, hablé con Margarita, y ésta con el amo, y me pintó tan arrepentido de haberle dicho aquellas claridades, que el señor Simón, haciendo algo bueno por

primera vez en su vida, me admitió de nuevo en la casa y continuó sirviendo en ella.

ROBERTO. — Bien; ya lo sé; sigue.

MATEO. — Al volver, acariciaba la idea de salvar a ese hombre.

ROBERTO. — ¿De qué manera?

MATEO. — Verás. El cuarto que le sirve de prisión, y que es el mismo en que estuvo el otro reo, tiene dos puertas. Una da al pasadizo alto y la custodian dos gendarmes; otra comunica con la alcoba del señor Simón, y allí no hay guardia. Un fuerte cerrojo la asegura, y el amo viene a ser por aquel lado, como quien dice, el único carcelero.

ROBERTO. — ¡Ya!

MATEO. — Enciérrase para dormir, costumbre de gente mala; pero probando yo en la cerradura de la alcoba todas las llaves de la casa, he hallado una con la cual se abre fácilmente. Y aquí está. (*Sacándola.*)

ROBERTO. — Bien, pero eso no basta.

MATEO. — Déjame concluir. Hoy está el cielo encapotado y sopla fuerte el viento de tierra, señales casi seguras de que a la noche se repetirá la tempestad de estos días pasados.

ROBERTO. — ¿Y eso qué?

MATEO. — Ya sabes que el viejo, al primer relámpago que ve, se acuesta lleno de terror. Yo, entonces, aprovechando su sueño en caso contrario, penetraré en la alcoba, descorreré el cerrojo de la otra puerta, que ya he tenido la precaución de untar con aceite, y sacaré al preso, que puede saltar a la playa por una ventana cualquiera.

ROBERTO. — Bueno; ¿y después?

MATEO. — Esperas con tu barca amarrada a la orilla y le llevas hasta el bergantín.

ROBERTO. — ¿Y allí?

MATEO. — La tripulación es toda suya. Por interés o por gratitud lo juzga inocente como nosotros. El barco es velero, según dicen, y como el viento debe serles favorable para alejarse de la costa, podrán estar ya cerca de Inglaterra cuando se descubra que el pájaro ha volado.

ROBERTO. — Arriesgada es la empresa, pero no importa; estoy pronto a ayudarte.

MATEO. — Lo mejor será que los jueces le absuelvan y nuestro proyecto se quede en proyecto.

ROBERTO. — No lo espero, desgraciadamente.

MATEO. — ¡Quién sabe! Yo adentro voy.

ROBERTO. — Aquí te aguardo con el alma llena de inquietudes.

MATEO. — ¡Si condenan a este hombre, digo que no hay justicia en la tierra! (*Entra por la izquierda.*)

## ESCENA IV

ROBERTO, luego ANGELA

ROBERTO. — En vano procuro arrancar de mi pecho toda esperanza. Parece que el alma, ansiosa de realizar lo que he soñado, se complace en darme aliento con ilusiones que acaso dentro de un instante se desvanecerán para siempre. ¡Oh, Angela! ¿Tú aquí?

ANGELA. — La impaciencia me trae. ¿Sabes algo? ¿Qué dice la gente? ¿Se espera que sea absuelto?

ROBERTO. — Todos temen que el tribunal, en vista de las pruebas, confirme la sentencia anterior.

ANGELA. — ¡Oh, sería horrible! Su muerte no disiparía mis dudas.

ROBERTO. — ¿Pues tú lo supones culpado?

ANGELA. — ¿Yo? No lo sé. Estoy loca. A veces creo que la sombra querida de mi padre se me aparece airada porque no aborrezco bastante al asesino. A veces pienso que ese desdichado es víctima de una acusación infame, de un error inconcebible; que es inocente y que mi padre desde el cielo me dice: «Amale, hija mía; hazle tú la justicia que los hombres le niegan».

ROBERTO. — ¡Terrible lucha!

ANGELA. — Si alguna prueba inesperada pusiera hoy en claro su inocencia y el tribunal le absolviese...

ROBERTO. — Su libertad sería nuestra dicha, nuestra fortuna.

ANGELA. — Por eso no la espero. Soy muy desgraciada.

ROBERTO. — Angela, tengamos confianza en Dios, que no ha de abandonarnos. ¡Quién sabe si muy pronto oiremos partir de allí (*Señalando a la puerta del tribunal.*) el grito de alegría que lancen los que asistan al juicio al escuchar la absolución del acusado!

ANGELA. — ¡Cuánto sería mi gozo al verle libre! ¡Qué tranquila se quedaría el alma!

ROBERTO. — Nuestra felicidad renacería para no desvanecerse nunca.

ANGELA. — ¡Todos nuestros sueños de amor podrían realizarse!

(*Rumor dentro.*)

ROBERTO. — ¿Qué es eso? ¿No has oído? ¡La gente habla en voz alta! Acaso se hayan retirado los jueces para pronunciar luego su fallo.

ANGELA. — ¿Por qué no entras? Yo no tengo valor.

ROBERTO. — ¡Sí, haré un esfuerzo! Todo es preferible a la duda. Espérame.

ANGELA. — ¡Dios haga que sea portador de la buena nueva!

ROBERTO. — ¡Ay, Dios lo haga! (*Entra.*)

## ESCENA V

ANGELA, *sola*

## MÚSICA

Con él mi esperanza va;  
temblando lo espero aquí,  
sabe Dios si volverá,  
¡triste de mí!

Inquieta el alma mía  
y llena de amargura,  
las horas de ventura  
recuerda en su aflicción:  
ayer todo alegría,  
hoy luto, llanto y duelo;  
¡qué horrible desconsuelo  
anubla el corazón!  
Mis esperanzas seductoras  
ayer risueña concebí;

horas de paz, benditas horas,  
¡cuán breves fueron para mí!  
Llorando el bien perdido  
y en sombras inundada  
el alma perturbada  
por loca agitación,  
anhela del olvido  
la fuente hallar tranquila,  
mas ya su fe vacila  
y pierde la razón.  
Dardo cruel, punzante duda  
el pecho hiere sin piedad;  
¡celestes luz, ven en mi ayuda!  
¡Brilla, por fin, santa verdad!

## ESCENA VI

DICHA, ROBERTO; luego MATEO

## HABLADO

ROBERTO. — ¡Angela! (*Con profundo desaliento.*)

ANGELA. — ¡Roberto! ¡Ah! ¡No me lo digas! ¡No me lo digas!  
¡Desventurada de mí! (*Cayendo en sus brazos.*)

ROBERTO. — ¡Ya no hay esperanza!

MATEO. — (*Acercándose por detrás sin ser visto de ANGELA y en voz muy baja.*) ¡Sí! ¡Hasta luego! (Poco he de poder o yo le salvo.) (*Vase por la derecha.*)

## ESCENA VII

ANGELA, ROBERTO, después BELTRÁN con dos GENDARMES, que quedan a la puerta durante la escena

## MÚSICA

ROBERTO

ANGELA

¡Valor, Angela mía! !

¡El ánimo perdi!

ROBERTO

¡Ya sale!

(Al ver a BELTRÁN, ANGELA y ROBERTO se disponen a salir.)

BELTRAN

(Al verlos.)

¡Deteneos!

No huyáis, no huyáis de mí,

(Los dos se detienen.)

por caridad, al menos,  
tenedme compasión,  
y oíd de un desdichado  
la triste confesión.

ANGELA

(¿Por qué al oír su acento  
mi débil corazón  
aun siente por ese hombre  
afecto y compasión?)

ROBERTO

(Al escuchar su acento,  
leal mi corazón,  
de su inocencia adquiere  
profunda convicción.)

BELTRAN

Al borde del sepulcro  
ni el más villano miente;  
yo moriré mañana,  
mas moriré inocente.  
¡Que por perjurio sufra  
las penas del infierno;  
que mi alma se condene  
al padecer eterno,  
y que al tocar mi vida  
su término fatal,  
del Dios maldito sea,  
si he sido criminal!

ROBERTO y ANGELA

¡Callad, callad!

Su voz tiene el acento  
de la verdad!

(Acercándose a él.)

BELTRAN

El juicio de los hombres  
me declaró culpado;  
yo acato su sentencia  
sumiso y resignado;  
que al ser, por suerte mía,  
creyente verdadero,  
de un juez que siempre es justo  
la absolución espero.  
¡Y si el tremendo fallo  
mi nombre deshonró ...  
júzguenme infame todos,  
pero vosotros, no!

(Llorando.)

ROBERTO y ANGELA

¡Nosotros, no!

(Acercándose a él decididos.)

¡La negra duda impía  
del alma huyó!

BELTRAN

¿Vosotros, no?

¡Al cabo el alma mía  
consuelo halló!

¡Morir puedo ya! Mi adiós pos-  
[trimeros  
tranquilo os daré partiendo de  
[aquí.  
¡Morir puedo ya! ¡Que al fin  
[cuando muero,  
vosotros quedáis llorando por  
[mi!

ROBERTO y ANGELA

¡No quiero dudar! Su labio  
[sincero  
al pecho volvió la fe que perdí.  
¿Por qué, Santo Dios, hoy, Tú,  
[justiciero  
el fallo cruel permites así?

BELTRAN

¡Fuerza es separarnos!  
¡Con cuánto dolor



os doy, hijos míos,  
el último adiós!

ANGELA

¡Cruel despedida!  
¡Qué horrible dolor!  
¡Oh! ¡Cuánto acongoja  
el último adiós!

ROBERTO

(¡Mi vida en peligro  
pondré sin temor,  
por que éste no sea  
el último adiós!)

ANGELA

¡Adiós! ¡Adiós!

BELTRAN

¡Estrechen mis brazos  
de nuevo a los dos!

(Con acento profundamente  
dramático.)

¡Adiós, hijos míos!  
¡Para siempre adiós!

ROBERTO y ANGELA

¡Adiós! ¡Adiós!

(Vase por la puerta del foro.  
Los gendarmes, que han es-  
tado durante la escena a la  
puerta del tribunal, salen  
tras él. ROBERTO y ANGELA  
vanse por la derecha llo-  
rando.)

#### MUTACIÓN

Alcoba con puertas a derecha e izquierda. Esta con un gran cerrojo. A la izquierda, una ventana. En el ángulo de la derecha, una cama antigua de roble tallado, con grandes colgaduras de lana que la cierran por completo. Junto a la cama, una mesita con una lamparilla encendida. Muebles antiguos. Un sillón cerca del lecho.

### ESCENA VIII

*Cesa la música en el momento de entrar por la derecha SIMÓN, que cierra la puerta con llave*

SIMÓN. — ¡Ya estoy solo! Ya puedo respirar libremente. ¡Qué día tan largo! (*Se sienta.*) Temiendo siempre inspirar sospechas, aparentando tranquilidad ante los jueces, cuando el corazón se me saltaba del pecho y las piernas apenas podían sostenerme y el cuerpo quería temblar... y no bastaba mi voluntad firmísima para sujetarlo. ¡Ah! ¡Qué espantoso día! (*Se levanta.*) Por fin, todo ha concluido... Sí, pero ¿cómo? ¡Con un nuevo crimen! Dejando que la ley, esta vez ciega, condene a ese desgraciado... ¿Por qué ha vuelto antes de morir yo? Corta puede ser ya mi vida; por eso, tal vez, temo tanto el perderla... Si él hubiera regresado algunos años más tarde, cuando yo hubiese muerto, habría aparecido inocente a los ojos de todos, y con la declaración que escribí en descargo de mi conciencia, vería reivindicado su nombre aun a costa de la infamia del mío. ¡Hoy no es posible! La fatalidad le traía antes, para su desdicha. ¡Dios... no; el infierno lo ha querido!... Y la suerte, por un horrible sarcasmo, me hace su carcelero. ¡A mí! Yo podría abrir esa puerta y decirle: «¡Huyel!» Pero, ¿y mañana? (*Separándose de allí.*) Envuelto en un proceso, la justicia fijaría sobre mi su mirada escrutadora, y acaso pudiera ver lo que milagrosamente se ha ocultado a sus ojos. No; no puede ser. Yo querría salvarle; pero, ¿cómo? Arde mi cabeza. (*Se dirige a la ventana y la abre.*) ¡Ah! ¡Cuánto me consuela el viento fresco de la noche! ¡Siento en el pecho una angustia tan honda! ¿Qué es esto que pesa sobre mi corazón? Parece que en todo ese inmenso espacio no hay aire bastante para que yo respire. (*Brilla un relámpago.*) ¡Jesús me valga! (*Retirándose de la ventana.*) ¡La tempestad! ¡Dios misericordioso, haced que se aleje, que no llegue el trueno a mis oídos! (*Otro relámpago y trueno.*) ¡Ah! (*Se acerca y cierra violentamente la ventana.*) Con la tormenta vienen a mi memoria los recuerdos de aquella noche horrible. Veinte años han pasado y parece que ha sido ayer. Divisó entre sombras la playa, adonde

Hegan rugiendo las olas encrespadas del mar; oigo el estampido de los truenos, y a la luz del relámpago veo a aquel hombre envuelto en su capote, resguardando a la criatura... llegar junto a la roca... y allí... (Se oye un trueno más cercano.) ¡Oh, sí; fué horrible el crimen; pero el castigo es muy grande!... Todo el fragor de la tormenta retumba en mi cerebro, y me aturde y me enloquece. (Va con paso vacilante hacia la cama, en la cual se apoya.) ¡Perdón, Dios mío! (Cae de rodillas tapándose los oídos con ambas manos.) ¡Aplaca tu cólera un momento; ten piedad de mí! (Se oye un trueno muy cercano. SIMÓN, aterrado, abre las cortinas de la cama y se deja caer sobre ella.)

## MÚSICA

(Se desencadena la tempestad. A poco, la pared del fondo de la alcoba desaparece, viéndose a través de una niebla misteriosa la playa erizada de rocas y el mar alborotado, sobre cuyas aguas se agita un barco con las velas recogidas. A la luz de los relámpagos, única que alumbrá casi constantemente la escena de la aparición, se ve salir por la izquierda a SIMÓN, que se oculta tras una roca de la derecha. Después, el PADRE DE ANGELA, cubierto por un largo capote, lleva de la mano una niña como de dos años de edad. Al aproximarse a la roca, detrás de la cual le espera SIMÓN, toma en brazos a la niña, dejando para esto en el suelo el maletín, que recoge después; resguarda bajo la capa a la niña, y entra por la derecha. SIMÓN sale de su escondrijo inmediatamente y le asesta el golpe a la vista del público. El hombre cae dentro dando un grito. Trueno espantoso, todo lo grande que pueda hacerse. Antes que acabe, se ve pasar corriendo a SIMÓN, que lleva el maletín y mira aterrado hacia atrás. La pared vuelve a cerrarse, y cesa la música.)

## ESCENA IX

SIMÓN, en la cama. MATEO, que abre la puerta de la derecha y entrá con el mayor sigilo

## HABLADO

MATEO. — ¡Dios me ayude! (Se santigua.) ¡Si tuviera cascabels en las pantorrillas, valiente música se armaba! El señor Simón está dormido, sin duda, pero bueno será cerciorarse...

(*Se acerca a la cama y escucha.*) ¡Como un tronco! (*Levanta la cortina y se ve a SIMÓN, que da la espalda a la escena.*) Cuando despiertes mañana, buen chasco te vas a llevar, viejo marrullero. (SIMÓN *se vuelve de pronto de cara al público.*) ¡Huy! (*Ocúltase detrás de la cortina, envolviéndose en ella rápidamente.*) ¡Qué susto me ha dado!

SIMÓN. — ¡Ay de mí!

MATEO. — Se conoce que sueña. Mejor. Eso prueba que duerme profundamente. Aprovecharé el tiempo. (*Deja caer la cortina que cierra la colgadura casi por completo.*) ¡Cómo se va a quedar el preso cuando me vea! Ahora sólo falta que rechine el cerrojo. (*Descorriéndolo.*) Así, poquito a poquito. Mateo, no lo echas a perder. No. El unto hizo su efecto. Ya está. (*Respirando con mucha fuerza.*) Ahora abriré con precaución. (*Abre la puerta.*) ¡Ah! (*Poniéndose un dedo sobre la boca.*) ¡Chis! ¡Chis! (*Hace señas a BELTRÁN para que salga.*)

## ESCENA X

### DICHOS y BELTRÁN

BELTRÁN. — ¿Qué es esto?

MATEO. — ¡Silencio! Venid acá y empujad esa puerta, no vayan a oírnos los gendarmes que guardan la otra.

BELTRÁN. — Pero, ¿a qué vienes?

MATEO. — Hablad más bajo, que el señor Simón está durmiendo allí.

BELTRÁN. — ¿Y cómo has podido?...

MATEO. — ¡Ingeniándome! No soy tan torpe como parezco.

BELTRÁN. — ¿Y qué quieres de mí?

MATEO. — ¡Salvaros!

BELTRÁN. — ¿Qué dices?

MATEO. — Sé que sois inocente...

BELTRÁN. — ¡Oh, gracias! Aún queda en el mundo quien me hace justicia.

MATEO. — ¡Chis! Y he preparado vuestra fuga.

BELTRÁN. — ¡Cómo!

MATEO. — Todo está dispuesto. Roberto aguarda en esa orilla con su barca para llevarlos hasta el bergantín. La tripulación está pronta a levar anclas en cuanto lleguéis.

BELTRÁN. — ¡Imposible!

MATEO. — ¿Qué decis?

BELTRÁN. — Yo os lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

MATEO. — ¿Por qué?

BELTRÁN. — ¡El que es inocente no huye!

MATEO. — ¡No huye, pero le ahorcan!

BELTRAN. — Es inútil que insistas. O salir de aquí a la luz del día, con la frente muy alta, volviendo a llevar mi nombre sin mancilla, o esperar sólo en Dios y morir resignado.

MATEO. — ¡Eso es una locura!

BELTRAN. — Además, huyendo por aquí, sería responsable el señor Simón, y la justicia le pediría cuenta de mi fuga.

MATEO. — ¡Pues podéis estarle agradecido! En sus declaraciones maldito si se ha cuidado de favoreceros.

BELTRAN. — El, diciendo la verdad, ha obrado conforme a su conciencia, y no me quejo, yo sigo los impulsos de la mía.

MATEO. — Pero pensad que mañana...

BELTRAN. — Mañana dejaré de sufrir.

MATEO. — ¡Venid conmigo! Aquí os aguardan la deshonra y la muerte; allí, la libertad y la vida. De rodillas os lo suplico.

BELTRAN. — Levanta y déjame. Yo te agradezco con toda mi alma este último esfuerzo... pero... no... no debo aceptar.

MATEO. — Pensadlo bien, luego será ya tarde.

BELTRAN. — Vete y recibe este abrazo en prueba de eterna gratitud y de entrañable cariño. (*Abrazándolo.*)

MATEO. — ¡Demonio con el hombre! (*Sollozando.*) Vamos, decidios. Es cuestión de un momento. Salimos de aquí, saltáis por la ventana.

BELTRAN. — No. Adiós.

MATEO. — (¡Si Roberto lograra convencerle!...)

BELTRAN. — Hasta mañana. Di a Roberto y a Angela que vuelvan por aquí. Necesito oír otra vez de sus labios que no me juzgan delincuente.

MATEO. — Buéno; ya que os empeñáis... quedad con Dios.

BELTRAN. — Adiós, mi buen amigo.

MATEO. — Si que lo soy; eso podéis asegurarlo.

BELTRAN. — Y... cierra bien esta puerta. El corazón es cobarde, podría ocurrirme la idea vergonzosa de escapar... (*Entra.*)

## ESCENA XI

MATEO; SIMÓN, dormido

MATEO. — ¡Este hombre es un santo! (*Cierra la puerta.*) ¡No echo el cerrojo! A ver si le da esa idea que él llama vergonzosa. Y ahora buscaré a Roberto. Quizá consiga él...

SIMÓN. — ¡Favor! ¡Socorro!

MATEO. — ¿Eh? ¡Caracoles! Se conoce que sueña a voces. (*Acércase a la cama y levanta los cortinajes, viéndose a SIMÓN.*) ¡Cómo tiembla! Le castañetean los dientes. Por lo visto tiene una pesadilla. Si se le ocurriera despertar...

- SIMON. — ¡El acusado! ¡Yo!
- MATEO. — ¿Qué dice?
- SIMON. — ¿Quién se atreve a acusarme? ¿Dónde están las pruebas? ¡No existe ninguna! ¿Que vaya al tribunal? ¿Para qué? Ya he declarado como testigo. Ya han condenado al otro... ¡Al otro! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡La justicia! ¡Buena está la justicia!
- MATEO. — ¡Demonio! Yo he de oír todo lo que diga.
- SIMON. — ¡Ja, ja, ja, ja! (*Gritando alterado.*) ¡Los gendarmes! ¡Dejadme! ¡No quiero ir! ¡No quiero ir!
- (MATEO se sienta en la cama y aplica el oído.)

## MÚSICA EN LA ORQUESTA

## ESCENA XII

*Desaparece, como antes, la pared del fondo y se ve el Tribunal a la izquierda. En el centro, un banquillo. A la derecha, detrás de la barra, pueblo que asiste con interés al juicio. El JUEZ y otros dos con pelucones blancos y largos y togas negras. El escudo de armas del primer imperio francés, en la pared de la izquierda. Al verificarse la aparición, todas las figuras del cuadro están inmóviles. El JUEZ agita la campanilla, que no suena. Preséntase un UGIER por la puerta del foro.*

JUEZ. — (*Indica ordenar que se presente el acusado. El UGIER levanta la cortina de la puerta del foro y aparece la CONTRAFIGURA DE SIMÓN entre dos GENDARMES. El JUEZ le manda sentarse en el banquillo.*)

SIMON. — ¿Que me sienta yo ahí? ¿En el banquillo del acusado? ¿Por qué? Yo soy inocente, yo no he hecho nunca mal a nadie.

(*La CONTRAFIGURA DE SIMÓN, moviendo los labios y accionando, figura, durante todo el cuadro, decir lo que pronuncia SIMÓN en la cama, lo más simultáneamente posible.*)

JUEZ. — (*Indica a los GENDARMES que obliguen a sentarse a SIMÓN. Ellos lo hacen y se retiran dos pasos atrás junto a la barra. El JUEZ figura dirigir a SIMÓN duras acusaciones mientras habla MATEO.*)

MATEO. — ¿Tendrá una pesadilla, o será cierto lo que he sospechado siempre de que este viejo es un tunante? (*Escucha con mayor ansiedad.*)

SIMON. — ¡Yo no he escrito ese documento! ¡Mentira! ¡Mentira! ¿Por qué había de declarar bajo mi firma que Claudio Beltrán era inocente y que yo había asesinado al padre de Angela?

MATEO. — ¡Dios mío! ¿Qué está diciendo este hombre?

JUEZ. — (*Levantándose señala a la CONTRAFIGURA con ademán enérgico.*)

MATEO. — ¿Que guardo esa declaración en el pecho? ¡No es verdad!

JUEZ. — (*Manda a los GENDARMES que sujeten a SIMÓN y le saquen del pecho el documento. Ellos obedecen.*)

SIMÓN. — ¡Dejadme! (*Llevándose las manos al pecho y casi incorporándose en la cama.*)

MATEO. — ¿Será cierto todo lo que dice?

SIMÓN. — (*Resistiéndose.*) ¡Ni los gendarmes ni nadie me lo arrancarán!

MATEO. — ¡Y forcejea! ¡Pues yo he de ver si es realidad o pesadilla! (*Procurando desabrocharle el chaleco al mismo tiempo que los GENDARMES a la CONTRAFIGURA.*) ¡Cómo se resiste el condenado! ¡Oh, si, si! ¡Aquí hay un pliego! (*Sacándolo.*) ¡Aquí está! (*A esta última frase, el GENDARME, que ha sacado el pliego del pecho de la CONTRAFIGURA, lo enseña y se acerca a entregárselo al JUEZ. Desaparece la visión, cerrándose de nuevo la pared rápidamente.*) ¿Qué será esto? ¡Corro en busca del Juez! (*Sale por la derecha y cierra por fuera la puerta.*)

### ESCENA XIII

SIMÓN, despierta despavorido y salta del lecho

SIMÓN. — ¡Oh! ¡Qué terrible sueño! ¡Si, sueño ha sido! Estoy solo. ¡Ah! (*Reparando de pronto en el desorden de su ropa.*) ¡Me lo han robado! ¡Me lo han robado! (*Con acento de horrible desesperación.*) ¿Quién ha podido entrar aquí? ¿Dónde está el pliego? ¿Dónde? ¿Quién ha sido? (*Va hacia la cama y luego a la puerta derecha.*) ¡Cerrada está! ¿Por dónde han entrado?... ¡Ah!... (*Yendo a la de la izquierda.*) ¡El ha sido, él! Pero, ¿cómo? ¡Pierdo la razón! ¿Quién ha abierto ahí? ¡Oh! ¡Si aún es tiempo, yo lo recobraré! (*Saca de la mesilla un puñal, y armado con él abre la puerta de la prisión.*) ¡Salid, miserable!

### ESCENA XIV

DICHO y BELTRÁN

BELTRAN. — ¿Qué es esto?

SIMÓN. — (*Cogiéndole de un brazo y amenazándole con el arma.*) ¡Dame ese pliego o mueres!

BELTRAN. — ¡Estáis loco! ¿De qué me habláis? (*Sujetándole con violencia.*)

SIMON. — ¿No has sido tú? ¡No has sido tú! (*Aterrado.*)

BELTRAN. — ¡Serenaos! ¿Qué os pasa?

### ESCENA XV

DICHOS, MATEO y JUEZ

MATEO. — ¡Adelante, señor Juez! ¡Adelante! (*Abriendo la puerta.*)

SIMON. — ¡Oh! (*Dejando caer el arma.*)

MATEO. — ¡Ahí tenéis a esa buena alhaja!

JUEZ. — ¡Daos preso, miserable!

BELTRAN. — ¿Qué dice?

SIMON. — ¡Piedad de mí! ¡Perdón! (*Cayendo de rodillas.*)

BELTRAN. — Pero, ¿qué es esto?

JUEZ. — ¡Ah! ¿Vos aquí?

MATEO. — He abierto yo la puerta; si merezco castigo, que me lo impongan inmediatamente. (*Arrodillándose también de manera que haga cómico contraste con la figura de SIMÓN.*)

JUEZ. — ¡No! (*A BELTRAN.*) ¡Venid a mis brazos! ¡Mañana el tribunal proclamará vuestra inocencia! Y en cuanto a vos... (*A SIMÓN.*)

SIMON. — ¡Piedad, piedad de mí! (*Arrastrándose de rodillas.*)

JUEZ. — Basta, desdichado. (*Haciéndole levantar.*) ¡La justicia humana puede equivocarse, pero nunca yerra la de Dios! (*Empujándole hacia la prisión.*) Esperad ahí vuestro castigo.

SIMON. — ¡Misericordia de mí! ¡Misericordia! (*Entra.*)

JUEZ. — (*A MATEO.*) ¡Cerrad la puerta!

MATEO. — Ya lo creo. Ahora sí que echo con gusto el cerrojo. (*Haciéndolo sonar mucho.*)

### ESCENA ULTIMA

DICHOS, ROBERTO y ANGELA, por la izquierda

BELTRAN

(*Abrazándolos.*)

¡Roberto! ¡Angela!  
(*Al verlos.*)

Logró, al fin, mi nombre hon-  
la justa reparación. [rudo

ANGELA

JUEZ

¡Perdón por haber dudado!

¡Si; la tendrá!

BELTRAN

MATEO

¡Hijos de mi corazón!

(*Que ha abierto la ventana,*



*iluminándose la escena con  
la luz de la aurora.)*

¡Ya es de día!

ROBERTO

El sol que alumbrar debió  
vuestra espantosa agonía,  
vertiendo luz y alegría,  
por vuestra dicha brilló.

ANGELA

¡Bendita su claridad!

BELTRAN

¡Ya en la inmensidad del alma,  
como en esa inmensidad,  
a reinar vuelve la calma  
después de LA TEMPESTAD!

*(Cuadro - Telón rápido.)*

FIN DE LA OBRA

**SELECCION BIBLIOTECA FILMS 1'25 pts.**

**A LA LIMA Y AL LIMON**

Miguel Ligeró

**LA PARRALA**

Maruja Tomás

**VERBENA**

Maruja Tomás

**ROSA DE AFRICA**

M. Tomás y R. Medina

**NOCHE DE ENGAÑO**

Amadeo Nazzari

**CAUTIVO DEL DESEO**

Leslie Howard

**FLOR DE ESPINO y PREGONES DEL ALBAICIN**

Gracia de Triana

**TU LLEGARAS**

Roberto Rey  
y María Luisa Geron

**BUENAS NOCHES**

María Luisa Gerona

**OTOÑO**

Roberto Rey

---

Pedidos a

**EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - BARCELONA**



# NUESTRO TEATRO

NÚMEROS PUBLICADOS

Precio: 2 ptas.

## LOS INTERESES CREADOS

J. Benavente

## LA TABERNERA DEL PUERTO

F. Romero y G. Fernández Shaw

## MARÍA DE LA O

Valverde y R. de León

## LUISA FERNANDA

F. Romero y G. Fernández Shaw

## ROMANCE DE LOLA MONTES

L. F. Ardavin

## EL DIFUNTO ES UN VIVO

Prada e Iquino

## LOS CLAVELES

Carreño y Sevilla

## MORENA CLARA

Quintero y Guillén

## LA DEL MANOJO DE ROSAS

Ramos de Castro y A. Carreño

## LA MALQUERIDA

J. Benavente

## SOL Y SOMBRA

Quintero y Guillén

## MOLINOS DE VIENTO

L. Pascual Frutos

## LA CANCIÓN DEL OLVIDO

F. Romero y G. F. Shaw

## LAS CALATRAVAS

F. Romero y J. Tellauche

## LA DEL SOTO DEL PARRAL

Luis F. de Sevilla y A. Carreño

## BOHEMIOS

G. Perrin y M. de Palacios

## LA PRINCESA BLANCA NIEVES

Cecilia A. Mantua y A. Estefanía

## EL CANTAR DEL ARRIERO

Serafin Adame y Adolfo Torrado

## LOS GAVILANES

J. Ramos Martín

## ROMANZA HUNGARA

V. Mora y Dotras Vila

## MARI-NIEVES

A. Oliveros y J. M. Castellví

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Imp. Comercial — Valencia. 234

1400

-LEI

-T3

-2M

-NC

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

500 UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS